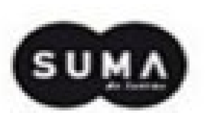
LA OBSESIÓN DEL MILLONARIO IV

J. S. SCOTT

MÍA POR COMPLETO





LA OBSESIÓN DEL MILLONARIO IV

J. S. SCOTT

MÍA POR COMPLETO





LA OBSESIÓN DEL MILLONARIO IV

J. S. SCOTT

MÍA POR COMPLETO





LA OBSESIÓN DEL MILLONARIO IV

J. S. SCOTT

MÍA POR COMPLETO



Índice

Capítulo

1

Podemos hablar?

Simon Hudson levantó la mirada de la pantalla del ordenador y vio a su prometida, Kara, en el marco de la puerta de la sala de informática que tenía instalada en casa. Al oír las dos palabras que todo hombre teme que salgan de la boca de la mujer a la que ama se estremeció. Llevaba viviendo con esa preciosidad más de un año y, cuando vio esa conocida arruga de concentración entre los bonitos ojos azules de la morena, Simon supo exactamente lo que estaba a punto de ocurrir. «¿Podemos hablar?». Las palabras que había susurrado con su voz seductora y aterciopelada eran en realidad una advertencia, una señal de que se encontraba a punto de sacar un tema con el que él estaba en rotundo desacuerdo o del que directamente no quería ni hablar.

Cogió la taza que tenía junto al ordenador y pegó un trago al café deseando tener al alcance algún licor un poco más fuerte aunque no hubieran dado aún ni las ocho. La última vez que Kara había querido «hablar» le había dado la tabarra para que redujera el número de guardaespaldas. No estaba dispuesto a ceder en eso. Su lindo trasero ya tenía menos escolta de la que a él le gustaría. Hizo un esfuerzo para tragar el café a pesar del nudo que tenía en la garganta y trató de no fijarse en lo adorable que estaba Kara con su uniforme de enfermera color rosa bebé. Aunque hubiera pasado más de un año, le bastaba con mirarla, oír su voz, pensar en ella u oler su seductor aroma —vamos, percibir cualquier cosa que le recordara a Kara— para quedarse embelesado y sentir una erección.

Simon se había convencido a sí mismo de que la obsesión que tenía con Kara se le pasaría con el tiempo dando paso a un amor más racional, a un sentimiento que no lo volviera completamente tarumba. Pero no había sido así, más bien todo lo contrario: su fijación había ido en aumento. Era obvio que se había estado engañando a sí mismo si pensaba que podía sentir por ella algo que no fuera completamente irracional.

«Soy multimillonario, socio de una de las empresas más potentes del mundo y me comporto con absoluta sensatez en todos los ámbitos de mi vida excepto en este. ¿Cómo puede una mujer hacerme perder la cabeza de este modo?».

Kara se paseó por la sala de informática y se detuvo delante de su mesa dedicándole una amplia sonrisa, a la que Simon reaccionó empalmándose aún más —los vaqueros le iban a estallar— y sintiéndose tan feliz que hasta le dolía el pecho. Todavía no se había hecho a la idea de que esta mujer tan increíble fuera suya y, cada vez que la miraba, se preguntaba cómo era posible que lo hubiera aceptado por completo, con todos y cada uno de sus defectos.

«Mía».

A Simon le entraron ganas de lanzarse por encima de la mesa para soltarle la melena, que llevaba atada en una cola de caballo, sentarla en su regazo y besar sus labios sonrientes hasta que empezara a hacer esos ruiditos de deseo, gemidos de abandono que…

—¿Simon? —la voz inquisitiva de Kara lo despertó de sus fantasías eróticas.

«¡Maldita sea!».

«¿Podemos hablar?». ¡Vaya marrón! ¿Acaso tenía elección? Simon sonrió antes de responder con precaución:

—¿De qué quieres hablar?

—Necesito que leas un documento y lo firmes. No tiene gran importancia —comentó dejando sobre la mesa varios folios unidos por un clip.

Echó un vistazo rápido a la primera página, analizando las palabras impresas, y respondió

desconcertado:

—Es un contrato. Un acuerdo prenupcial. —Pasó las páginas sin apenas detenerse, pues estaba más que acostumbrado a leer documentos jurídicos. No le llevó mucho tiempo encontrar la información más relevante—. ¿A qué viene esto?

Kara suspiró.

—Le he pedido a un abogado que lo redacte. Nos vamos a casar dentro de un mes. Tú eres multimillonario y yo acabo de sacar la licencia de enfermera y estoy sin blanca. No estamos en igualdad de condiciones. Me parece que lo más justo es que te cubras las espaldas. Yo ya lo he firmado. Solo falta que firmes tú. Por favor.

Simon entornó los ojos, levantó la cabeza y la fulminó con una mirada de determinación.

—Ni lo sueñes, cariño. Madre de Dios, ¿es que no puedes dejar pasar ni una? ¿Qué clase de abogado hace esto por su cliente? Tú no me vas a abandonar en la vida y yo no te dejaría ni harto de vino. Hasta que la muerte nos separe, lo mío es tuyo...

Kara apoyó las manos en las caderas y se enfrentó a la feroz mirada de Simon con una de las suyas.

«Oh, oh». Simon conocía de sobra esa mirada malhumorada y esa forma de inclinar la barbilla, pero para salirse con la suya en este asunto tendría que pasar por encima de su cadáver. Ni acuerdo prenupcial ni divorcio. Jamás. No podría soportarlo. La testaruda mujer que tenía delante era para él el mundo entero y toda su felicidad dependía de ella; Kara lo había forzado a enfrentarse a sus traumas y así había salido de una existencia vacía y solitaria, y había transformado su vida por completo.

Perderla no entraba en sus planes.

—A veces las cosas pasan sin que uno se lo proponga, Simon. Me salvaste la vida y en el terreno económico no estamos en igualdad de condiciones. Te lo debo —explicó con frustración.

Las ruedas de la silla de Simon chirriaron cuando se puso de pie. Entonces, rodeó la mesa y acorraló a Kara por la espalda.

—A nosotros no nos «pasan» cosas. Y tú a mí no me debes nada. Siempre que te quiero comprar

algo me montas una escena. No aceptas ni un céntimo de mi dinero. Me apuesto todas mis pertenencias a que apenas has tocado el dinero que te ingresé en la cuenta hace más de un año.

Tomó aire tratando de reprimir la emoción y luchando contra el dolor y los celos que le crecían por dentro. Lo que más quería en el mundo era dar a Kara las cosas que no había tenido antes de conocerlo, pero lo único que le permitía hacer era ofrecerle techo y comida. No poder darle todo lo que estuviera en su mano lo estaba matando. ¡Maldita sea! Ahora que Kara iba a ser su esposa debería tener una vida más fácil. Desde pequeña había vivido al borde de la pobreza, deslomándose para llegar a fin de mes y pasándolas canutas para sobrevivir. Simon quería cambiar todo eso ofreciéndole una vida sin preocupaciones y llena de felicidad. Tenía recursos de sobra para conseguirlo.

Kara exhaló un suspiro tembloroso antes de contestar:

—Me diste cobijo, te ocupaste de mí, hiciste que me enamorara locamente de ti y me recompensaste con tu amor. Me has dado todo lo que pudiera soñar. Deja que al menos yo te dé esto.

«¡Y un cuerno! No le he dado suficiente. No es suficiente. Merece mucho más. Probablemente un hombre mejor que yo, pero no soy capaz de renunciar a ella».

Simon se estremeció al oler su característico aroma femenino. Le dio media vuelta y colocó las manos a ambos lados de la mesa para no dejarle escapatoria. Le costaba muchísimo decirle que no porque ella casi nunca le pedía nada —excepto amor—, pero esta vez no pensaba dar su brazo a torcer. Aunque ya le había entregado su corazón, su cuerpo, su mente y hasta su alma, era evidente que su chica aún no se había dado cuenta de que lo tenía completamente a su merced.

«Mía».

Le mordisqueó la oreja mientras la acorralaba contra la mesa y empujaba su cuerpo contra el de ella para sentir esas exuberantes curvas amoldándose a sus músculos recios. ¡Madre mía! Le encantaba sentir que el cuerpo de Kara se rendía al suyo y que se fundían juntos como si ella aceptara su carne como parte misma de su ser.

Los brazos de Kara recorrieron su cuerpo y, cuando sus manos se colaron bajo la camiseta, la

ardiente piel de Simon prendió fuego. Ella aplastó el cuerpo contra el suyo, acariciándole la espalda y rotando las caderas para rozarse con su paquete mientras él gemía.

La boca de Simon gruñó al oído de Kara:

—No firmaré ningún contrato. No habrá nada que se interponga entre nosotros. Ni ahora ni en el futuro. Eres mía y siempre lo serás.

Inmerso en su irresistible fragancia, empezó a ahogarle el deseo y su cuerpo rogó a su mente que diera la orden para pasar a la acción. Abrumado por una necesidad visceral de poseerla, le tiró de la coleta con suavidad para que inclinara la cabeza y le cubrió con la boca sus tentadores labios, que acababan de separarse para rechistar. Cuando la boca de Simon devoró la de ella, Kara gimió con pasión y él se tragó el dulce sonido con sus labios ávidos. Se moría por hacerla suya, por poseerla con el tacto hasta lograr que lo único en lo que pudiera pensar fuera en él. La boca de Kara sabía a café, menta y deseo carnal; un sabor tan sensual que Simon estuvo a punto de perder la cabeza. La besó con frenesí y empezó a gemir cuando ella deslizó la lengua por la de él. Esta vez era Kara quien lo hacía suyo. Tal era la necesidad de decirle que se había entregado a ella desde el primer momento en que la vio que sintió que el corazón se le iba a salir del pecho. En realidad, puestos a ser sinceros, probablemente había ocurrido mucho antes, pues llevaba toda la vida esperando a la mujer que estaba en sus brazos y jamás dejaría que se marchara.

Kara se apartó a regañadientes y Simon apoyó el rostro en su cuello jadeando mientras trataba de recuperar el control de sus desenfrenados y ávidos instintos. Deslizó las manos por la espalda y la agarró del trasero, aplastando la calidez de su ser contra su falo empalmado.

—Simon.

El gemido cálido de Kara le acarició la oreja y, al oír esa voz en plan «fóllame», un salvaje instinto animal se le despertó en las entrañas. No había nada, absolutamente nada, más importante en ese momento que satisfacer el deseo de su hembra.

—Te quiero —jadeó inquieta mientras le mordía con delicadeza en el cuello.

Esta vez las palabras le llegaron directamente al corazón y un placentero dolor le golpeó el pecho.

—Y yo a ti, cariño.

Simon apoyó la frente en su hombro y cerró los ojos, abrumado por la intensidad de las emociones y porque Kara lo amaba de verdad. A él. A la persona. No al multimillonario ni a las cosas materiales que pudiera proporcionarle. Tenía cicatrices del pasado, por dentro y por fuera, pero lo único que parecía ver Kara en él era un hombre al que merecía la pena amar. Era un milagro. Kara era un milagro en la vida de Simon.

—Olvídate de acuerdos prenupciales, ¿vale?

Sintió el roce de su pelo suave como la seda en la mandíbula cuando ella negó con la cabeza, se apartó para mirarlo a los ojos, frunció el ceño y respondió:

—Tenemos que hablarlo.

Ni de coña. No hacía ninguna falta que lo hablaran. Lo mejor era que se olvidara de esa idea absurda y que la volviera a besar. Una y otra vez. Simon no pensaba reducir el evento más increíble y más feliz de su vida a un contrato de pacotilla.

—Ya sabes que he cambiado mi testamento. Lo repasé contigo.

Se había asegurado de que Kara pudiera vivir holgadamente, pasara lo que le pasara a él.

Asintió despacio:

—Una cosa es que me dejes de forma involuntaria, pero y si…

—Eso no va a ocurrir —replicó de inmediato apretando la mandíbula al plantearse la idea de perderla—. Esto es para siempre. No pienso firmar un acuerdo prenupcial. No vamos a abrir un negocio, vamos a contraer matrimonio. Tú y yo. Juntos. Para toda la vida.

Bastaba con mencionar la posibilidad de que algo pudiera apartarlo de su chica para despertar la irritación del monstruo de ojos verdes que Simon llevaba dentro de sí. «Por encima de mi cadáver».

Se apoyó en su pecho para zafarse de su abrazo.

—Quiero que sepas que no me caso contigo por dinero. —Se le quebró la voz y le empezó a temblar

el labio inferior.

«¡Ay, no!».

—No llores. No me gusta que llores.

Lo odiaba. Le hacía sentir fatal. Cuando la veía llorar le entraban ganas de concederle todos sus deseos. Por suerte, no solía hacerlo —a menos que fueran lágrimas de felicidad— y jamás lo utilizaba como un arma.

—Ya me has demostrado que no andas detrás de mi dinero.

«Es más que evidente».

Lo miró asombrada, con los ojos como platos, y replicó con virulencia:

—¿Cómo lo sabes? Gracias a ti he podido acabar la carrera, has cubierto todos mis gastos y me has comprado regalos prohibitivos. Quiero que puedas confiar en mí al cien por cien.

¡Madre mía! ¿Lo decía en serio? Pero ¡si sabía sus secretos más oscuros! Cosas que jamás le había confesado a nadie, ni siquiera a su hermano Sam.

—Te he contado hasta el último detalle de mi vida, Kara. Confío en ti. De lo contrario, no me casaría contigo. No necesito un acuerdo prenupcial. No lo quiero —espetó tratando de contener la rabia y el dolor que le producía que, aunque él le hubiera entregado su alma en bandeja de plata, ella siguiera sin confiar del todo en él y sin creer que su relación duraría para siempre—. Si tuvieras fe en mí, tú tampoco lo necesitarías.

Simon tardó un nanosegundo en arrepentirse y deseó retirar esas palabras en cuanto salieron de su estúpida boca. La preciosa carita de Kara se quedó descompuesta y sus expresivos ojos empezaron a llenársele de lágrimas y mostraron el terrible dolor que acababa de causarle. «¡Mierda! ¡Hay que ser gilipollas para decir algo así!». En lugar de valorar que Kara lo quisiera tanto que para mostrarle lo mucho que le importaba estuviera dispuesta a renunciar a todo beneficio económico que le pudiera reportar el matrimonio, Simon la había atacado con palabras hirientes que provenían de la frustración y el miedo. Para más inri, esas palabras no contenían un ápice de verdad, pues Kara siempre le había

demostrado que confiaba en él, incluso en los momentos en que parecía más sensato no hacerlo, incluso en los momentos en que ni él mismo lo hacía. El problema era que él quería algo más: necesitaba que Kara pensara en ellos como pareja. Aunque se resistiera a aceptar sus regalos, siempre había dado la impresión de que sí que pensaba que eran almas gemelas y que estaban destinados a pasar la vida juntos… hasta hace un par de semanas. Las vacilaciones que mostraba últimamente lo tenían asustado, pues le aterraba pensar que quizá la que quisiera dar el matrimonio por acabado algún día fuera ella. Le cabreaba muchísimo que tuviera metido en la cabeza que le debía algo y que se negara a compartirlo todo con él, sobre todo su dinero. Esa situación despertaba todas y cada una de las inseguridades de Simon.

Suspiró lleno de remordimientos y, acariciándole el cabello con la mano, susurró:

—Lo siento. No debería haber dicho eso.

Enfadada, se secó una lágrima que se había desbordado de sus ojos color azul claro y, al verlo, a Simon se le partió el corazón.

—No lo hubieras dicho si no fuera en parte verdad. Quizá tengas razón. Quizá todo esto sea un error.

A Simon se le oscureció y se le turbó la mirada.

—¿A qué te refieres?

—A nosotros. —Lo señaló a él y después a sí misma—. Quizá no deberíamos casarnos el mes que viene. En este momento nuestras circunstancias son demasiado diferentes.

Trató de secarse los ojos con manos temblorosas, pero las lágrimas corrían tan rápido que no podía detenerlas.

¡¿Que qué?! Llevaba esperando esa boda prácticamente desde que la conoció. Había estado reprimiendo el instinto de casarse con ella durante casi un año. ¿Y ahora ponía en duda la idoneidad de ese matrimonio? ¿Porque era rico? Ese factor no era nuevo ni desconocido: ya era multimillonario mucho antes de que se conocieran. Despotricando en voz baja, Simon dio un paso al frente para

agarrar a Kara, pero ella se zafó de su mano y se apartó de él con un sollozo entrecortado, así que dejó caer los brazos a los lados y apretó las manos y la mandíbula para reprimir el impulso de cogerla. En el año que llevaban juntos Kara y él apenas habían discutido, y nunca la había visto tan frágil…, excepto aquella vez que dos violentos drogadictos la atacaron y casi la matan. Ni siquiera entonces parecía tan asustada. Cuando su chica se enfadaba de verdad, le plantaba cara y le cantaba las cuarenta. Sus discusiones eran explosivas y solían durar poco, pues no tardaban en llegar a un acuerdo y en reconciliarse con orgasmos inolvidables.

«¿Habremos esperado demasiado tiempo? ¿Le estará entrando miedo? Ojalá me la hubiera echado al hombro hace un año y me la hubiera llevado a las Vegas en mi avión particular».

—Nos vamos a casar y tienes que contarme lo que pasa de verdad —respondió Simon tratando de no elevar la voz y de mantener la calma.

Apretó los puños con tanta fuerza que apenas le llegaba la sangre a los dedos. Kara jamás se había zafado de su abrazo ni había rechazado sus esfuerzos por consolarla. ¿Dónde estaba la mujer que se lanzaba a sus brazos siempre que lo necesitaba? ¡Quería que lo necesitara! Ese rechazo lo estaba matando.

—No sé si puedo casarme contigo —afirmó sollozando con tristeza.

¡Al carajo! Simon no soportaba verla llorar ni un segundo más. Encima, no entendía una palabra de lo que le estaba diciendo. Lo único que tenía claro es que sentía pánico, desesperación y angustia. Le daba pánico pensar que podía perderla, estaba desesperado por arreglar lo que fuera que se hubiera estropeado y sentía un terrible dolor al haber oído que no se iba a casar con él. ¡Y una mierda!

—Te vas a casar conmigo y no vamos a firmar ningún acuerdo prenupcial. Te necesito, Kara. Siempre te necesitaré. Por favor, no me hagas esto —dijo en voz baja e intimidatoria, como si le costara reprimir sus instintos de cavernícola…, que es lo que era.

En ese momento le entraban ganas de empotrarla contra la pared, hacerla suya y penetrarla de tal modo que no se le volviera a pasar por la cabeza decir que no podía casarse con él. Si necesitaba que

le recordara lo bien que encajaban, así como lo mucho que la deseaba y necesitaba, estaría encantado de hacerlo. Lo haría ahí mismo y en ese preciso momento.

Kara empezó a retroceder a medida que él avanzaba hasta que no pudo seguir reculando, pues Simon la había acorralado contra la pared. Lo miró a los ojos aterrorizada, después a la puerta y de nuevo al rostro.

»Que no se te pase por la cabeza —rugió cogiéndola de los brazos y quitándole toda esperanza de escapar—. Cuéntamelo —le exigió con rudeza, pues necesitaba aliviar el dolor que sentían ella… y él. Había pasado el último año en las nubes, feliz de estar con una mujer a la que amaba más que a su vida, y ese cambio brusco de actitud le había cogido por sorpresa. Normalmente él se comportaba como un idiota controlador y dominante, y Kara era la que le hacía entrar en razón—. ¿Estás bien? —preguntó con brusquedad analizándole el rostro.

Si algo iba mal, lo arreglaría. Haría cualquier cosa por hacerla sonreír de nuevo y por borrar la confusión y la aflicción que veía en sus ojos.

«Siempre y cuando no vuelva a decir que no puede casarse conmigo. Si lo vuelve a decir… perderé los estribos».

Kara asintió dubitativa y después negó con la cabeza.

—Sí. No. No lo sé.

Apoyó la frente en su hombro y se puso a llorar como si el mundo se hubiera derrumbado. Levantó las manos para aferrarse a la camiseta cogiéndolo a la altura de la cintura mientras empapaba la parte superior con sus lágrimas.

«¿Y esto a qué viene?». Aunque no entendía nada, Simon la abrazó con tanta fuerza que Kara lanzó un gritito.

—No puedo respirar —masculló tratando de coger aire.

—¡Ay, perdona! Es que no te entiendo.

Simon la soltó de inmediato, pero su dócil cuerpo permaneció apoyado en el de él. Se sentía

impotente y odiaba a muerte esa sensación.

Kara se giró entre sus brazos al oír que llamaban con brusquedad a la puerta de madera. Sin esperar a que lo invitaran el hermano mayor de Simon entró en la habitación.

Kara aprovechó la distracción para zafarse de los brazos de su prometido y escapar.

—Tengo que irme. Maddie me está esperando en la consulta —explicó a todo correr con la voz entrecortada.

Rodeó a Sam para pasar por la puerta y salió a toda prisa como si su cuerpo estuviera en llamas.

—¡No, Kara! No hemos terminado. ¡No te atrevas a dejarme así! —bramó Simon.

Corrió tras ella cabreadísimo y desesperado. No pensaba dejarla en paz hasta que le explicara lo que estaba ocurriendo. Sin embargo, no llegó a salir de la sala, pues su hermano lo cogió con brío de la parte de atrás de la camisa y lo volvió a meter en la habitación.

—¡Quieto, hermanito! Deja que se vaya. No tiene pinta de que vayáis a solucionar nada ahora mismo.

Simon estaba furibundo y se giró para mirar a su hermano a la cara.

—¡Suéltame, capullo! Tiene que escucharme.

Sam permitió que su hermano menor se diera la vuelta, pero lo sujetó con fuerza de la parte delantera de la camisa y lo atrajo hacia él hasta que sus narices se rozaron. Lo fulminó con una mirada helada y replicó con una voz tan fría como sus ojos:

—¡Sí, claro! Se notaba que estabais a punto de tener una conversación racional. —Sam zarandeó levemente a Simon—. ¡Cálmate, hombre! Usa la cabeza. La mujer que amas estaba llorando como una Magdalena. ¿Crees que esa era forma de dirigirte a ella? Con esa actitud solo dirás tonterías de las que luego te arrepentirás. Créeme.

El cuerpo de Simon dejó de estar en tensión y Sam lo soltó.

—Mierda. Ya las he dicho —confesó desalentado.

Se estremeció al oír un portazo y el corazón se le cayó a los pies al darse cuenta de que Kara se

había ido de casa y se alejaba aún más de él.

Sam dio un paso atrás y lo agarró por los hombros antes de preguntarle en voz baja:

—¿Ya estás bien?

Lo que su hermano mayor le estaba preguntando en realidad era si había recuperado la compostura.

—Sí, creo que sí. —Se zafó de Sam y se acercó al escritorio. Se dejó caer en la silla y se tapó la cara con las manos mientras gruñía—: Tengo que hablar con ella como sea. Tengo que arreglar las cosas. Hay algo que no va bien.

Sam deambuló entre los ordenadores, cogió una silla, le dio la vuelta y se sentó al revés: apoyando sus fornidos brazos por encima del respaldo y entrelazando los dedos. Sacudió la cabeza agitando varios tirabuzones rubios y le dijo con voz severa:

—Hermanito, tienes que mejorar tus habilidades comunicativas. Si así es como estabas tratando de arreglar las cosas, no me quiero ni imaginar cómo te pondrás cuando estéis de bronca.

Capítulo

2

No estás enferma. Estás embarazada.

Kara se quedó helada y miró alarmada a la alegre pelirroja que entraba en el consultorio. Se quedó con la boca abierta mientras negaba con la cabeza:

—¿Cómo es posible?

La doctora Madeline Reynolds se detuvo delante de la camilla en la que Kara estaba sentada y se cruzó de brazos.

—Eres enfermera. ¿De verdad necesitas que te refresque la memoria con una lección de anatomía y fisiología? —Maddie levantó los brazos y dibujó un círculo con el dedo corazón y el pulgar de la mano izquierda, mientras introducía el índice de la mano derecha en el círculo—. La parte A se inserta en la parte B y el resultado puede ser un embarazo. —Se encogió de hombros, sonrió y dejó caer las manos a los costados—. El resto de los detalles ya los conoces.

—Tomo la píldora, Maddie. No es posible.

—Sabes que no es infalible. Además, sospecho que es muy probable que te quedaras poco después de superar el virus estomacal que padeciste entre Nochebuena y Nochevieja —respondió Maddie pensativa—. Ya has tenido alguna falta, ¿verdad?

Kara asintió con la cabeza de mala gana.

—Pero cuando estuve enferma tomé la píldora todos los días. No me olvidé. Y tampoco tomé antibióticos que pudieran interferir con la eficacia del anticonceptivo —contestó Kara al borde de un ataque de pánico.

Maddie la miró con sarcasmo.

—Pero te pasaste una semana vomitando. Sospecho que expulsaste la mayor parte de la pastilla y que por eso jamás llegaste a asimilarla.

—Mierda, mierda, mierda…

Todo apuntaba a que Maddie tenía razón y a que Kara estaba negando la evidencia. Había notado todos los síntomas, pero no había querido aceptar la verdad. Se quedó mirando al suelo, fustigándose por no haberse dado cuenta hasta entonces de la posibilidad que acababa de mencionar Maddie y por no haber usado otro método anticonceptivo.

—Estabas enferma. No te culpes por que tu cerebro fuera más lento de lo normal. —Maddie entregó a Kara un papel—. Aquí tienes el resultado de la prueba de GCH. Es positivo. Ya sabes que es una prueba muy efectiva pero, si quieres, podemos repetirla la semana que viene.

Kara cogió la hoja de la mano de Maddie y se quedó mirando el resultado conmocionada mientras se le llenaban los ojos de lágrimas. Otra vez.

—No me lo puedo creer. ¡Dios mío! ¿Cómo le voy a decir esto a Simon?

Maddie se sentó en un taburete con ruedas y se colocó entre los pies de Kara, que no le llegaban al suelo. Le quitó los resultados de la prueba de sus dedos temblorosos, tiró la hoja sobre la camilla y, cogiéndole ambas manos, la miró con preocupación:

—¿Crees que se enfadará? Kara… Yo creo que no. Os vais a casar en un mes. Aunque sea un poco prematuro, creo que la noticia le va a encantar. Y sé que tú quieres tener hijos.

Kara miró a Maddie con seriedad.

—Sí que quiero. Tengo treinta años y me gustaría tener más de uno, pero cada vez que saco el tema Simon lo zanja de inmediato. Quiere que esperemos. —En un acto reflejo se acarició la tripa y suspiró al pensar que llevaba en su vientre al hijo de Simon. Deseaba tener ese bebé, al que ya amaba—. No creo que le haga gracia. Parece que le molesta cada vez que saco el tema y, encima, esta mañana nos hemos peleado.

—¿Por qué? —preguntó Maddie con delicadeza.

—Porque me he puesto insoportable. Estas últimas semanas he estado rarísima; por eso quería que me hicieras un análisis de sangre. Creo que en el fondo sabía que podía estar embarazada, pero no quería admitirlo. Me paso el día con la sensibilidad a flor de piel y estoy muerta de miedo. Pedí a un abogado que redactara un acuerdo prenupcial para proteger a Simon, pero se niega a firmarlo.

Maddie apretó con suavidad las manos de Kara.

—¿Sabes qué? Ese tío cada día me cae mejor. ¡Sí, señor! Confía en ti y sabe que jamás se la jugarías ni le harías daño. —Sonrió—. A no ser que le guste el sado, que yo ahí no me meto. Me refiero al dinero, obviamente. Cualquier otro hombre que contara con la cantidad de pasta que tiene él te habría hecho firmar un acuerdo prenupcial nada más colocarte el diamante en el dedo. ¿Por qué discutisteis por algo así?

—Le insistí para que firmara y él se negó. Me dijo que yo no confiaba en él lo suficiente y entonces le dije que quizá deberíamos pensarnos mejor lo de casarnos porque somos demasiado diferentes. ¡Madre mía! ¡Ni siquiera entiendo por qué le dije eso! Simon es mi media naranja, la pieza que falta en mi puzle inacabado. ¿Qué haría yo sin él? Somos perfectos el uno para el otro, excepto en el tema del dinero. Supongo que me entró un ataque de pánico.

Kara se estremeció al recordar la expresión de dolor en el atractivo rostro de Simon y le entraron

ganas de ponerse a llorar otra vez. ¿Por qué le había dicho eso? Ese hombre era su mundo y sabía que él sentía lo mismo por ella. Simon ya había sufrido bastante en el pasado y era injusto que recibiera más dolor precisamente de la mujer a la que amaba, con la que quería casarse y compartir el resto de su vida.

—Estás embarazada y tienes las hormonas disparadas, amiga. Es normal que estés a la que salta, que digas y hagas cosas irracionales y que sufras cambios bruscos de humor. Cuéntaselo a Simon. Deja que entienda la situación y que te apoye. Ahora mismo lo necesitas —trató de persuadirla Maddie.

Kara dedicó una débil sonrisa a su amiga:

—Me cuesta creer que al principio lo odiaras.

—Nunca he odiado a Simon. No lo conocía. Lo que pasa es que me daba miedo que fuera una víbora como su hermano Sam. —La voz de Maddie era dulce, pero transmitía cierta amargura—. Ha demostrado que no lo es. Te adora y te hace feliz. Solo por eso ya me encanta. Pero además es buena persona; sus donativos me ayudan a mantener esta clínica gratuita.

En realidad ese dinero también era de Sam, pues se trataba de una donación altruista de Hudson Corporation, pero Kara no pensaba mencionar ese detalle. Sam Hudson y Maddie tenían un pasado… y era obvio que aquella historia había acabado mal. Maddie nunca quería hablar del tema, pero Kara sabía que ninguno de los dos había logrado pasar página a pesar de que sospechaba que ya había transcurrido mucho tiempo desde aquello.

—Sam es buena persona, Maddie. Me salvó la vida.

—Ya. Después de haberte insultado —zanjó Maddie irritada.

—No es perfecto, pero tiene buen corazón —insistió Kara.

Cuando lo conoció, Sam se había comportado como un imbécil integral con ella, pero en el último año le había cogido mucho cariño, como si fuera el hermano mayor que nunca tuvo. Además, había arriesgado su vida para salvarla de los dos perturbados que la habían atacado. Hacía mucho que había

perdonado a Sam por su comportamiento en la fiesta de cumpleaños de Simon. A partir de aquel incidente se había portado con ella como un auténtico ángel.

—Es un cabrón —soltó Maddie enfurecida.

Vale. Kara no podía rebatir eso, pero sospechaba que Sam cambiaba de chica como quien cambia de camisa porque aún no había encontrado a la mujer adecuada. O la había encontrado… pero se le había escapado. Sam no salía con mujeres que valieran la pena, sino con chicas superficiales a las que solo les importaba su estatus y su dinero. Todas eran preciosas, pero ninguna tenía un ápice de calidez. Analizando el rostro ruborizado de Maddie y su expresión esquiva, Kara tuvo la certeza de que su amiga era una de las causas por las que Sam mantenía relaciones tan disfuncionales con el sexo femenino.

—Ocurrió algo entre vosotros dos. ¿Me lo piensas contar algún día?

—No. Fue hace mucho tiempo y no tiene ninguna importancia. —Maddie soltó las manos de Kara, se puso de pie y propinó una estudiada patada al taburete para mandarlo de vuelta a su sitio—. Tienes que empezar a tomar sobre todo ácido fólico e ir a ver a un obstetra.

—Pediré cita con la doctora Shapiro.

Kara se acarició la tripa sin ser capaz de asimilar aún que llevara dentro al hijo de Simon.

«¿Será niño o niña?».

Le daba igual. Lo único que le importaba era que el bebé estuviera sano.

Aunque… le encantaría tener a un pequeño Simon.

«Seguro que sería igual de mandón y exigente que su papi. Sería guapísimo y tendría los ojos oscuros y el pelo negro. Igualito a Simon». Kara sonrió con ojos soñadores deseando que su hijo o hija también heredara de él su bondad, su generosidad y su increíble intelecto. Sí, una pequeña réplica de Simon sería adorable, algo increíble. Además, Kara estaba convencida de que sería un padre maravilloso. «Si es que quiere serlo». Y estaba segura de que se enamoraría del bebé aunque al principio fuera reacio a tenerlo. Lo malcriaría tal y como hacía con ella. El problema era que Kara no

quería forzarlo a ser padre si aún no estaba preparado. Aunque ya era un poco tarde para eso.

Maddie asintió con la cabeza.

—Katherine Shapiro es una obstetra excelente. Buena elección. —Al ver la mirada perdida de Kara Maddie chasqueó los dedos delante de sus ojos—. ¡Oye, vuelve!

Levantó la cabeza y miró a Maddie con cara de culpabilidad.

—Perdón. Estaba pensando en el bebé.

«Y en Simon. Siempre estoy pensando en él».

—¿Te encuentras bien? Sé que no te lo esperabas. —Maddie apoyó una mano en el hombro de Kara para consolarla con delicadeza—. No te preocupes por los cambios de humor ni por tener las emociones a flor de piel. Es por las hormonas. Cuéntaselo a Simon y deja que te ayude. Entenderá cómo te estás comportando en cuanto sepa que todo se debe a las hormonas y al embarazo.

Kara tragó saliva, preguntándose si lo entendería. Dios mío, lo amaba más que a nadie en el mundo. ¿Y si no lo entendía? Se levantó de un salto de la camilla para dejar de dar vueltas a la reacción que tendría su prometido y masculló:

—Será mejor que vuelva al trabajo. —Había venido a la clínica a cubrir el turno que hacía todas las semanas como voluntaria y Maddie tenía pacientes esperando—. Gracias por hacer un hueco para realizarme la prueba. Pensaba que me estaba volviendo loca.

—Estás embarazada. Viene a ser lo mismo —respondió Maddie con cierto sarcasmo—. Vete a casa. Hoy no tengo muchos pacientes. Puedo encargarme yo sola. Ve a hablar con Simon. Los dos necesitáis tiempo para acostumbraros a la situación. —Atrajo hacia sí el cuerpo de Kara, que no opuso resistencia, y la abrazó con fuerza—. Todo saldrá bien. Simon te quiere y tú lo quieres a él. Os vais a casar en un mes y no puedes cancelar la boda…, ¡ya tengo el vestido que me voy a poner!

Kara devolvió el abrazo a Maddie y se quedó aferrada a su pequeño cuerpo un poco más de lo normal. Maddie era la persona a la que más quería en el mundo después de Simon.

—Gracias, Maddie —susurró en voz baja mientras los ojos se le llenaban de lágrimas.

«¡Ay, Señor, otra vez no! ¿Cuántas veces puede llegar a llorar una mujer en un día? Puedo contar con una mano las veces que he llorado en los últimos cinco años; casi todas fueron porque Simon hizo algo bonito por mí. ¡Me estoy convirtiendo en un grifo estropeado que no para de gotear!».

Kara era consciente de que estaba alterada emocionalmente y de que pasaba de sentir una cosa a la contraria en cuestión de segundos. Ni siquiera se sentía ya dueña de su propio cuerpo. Anhelaba el contacto con el musculoso cuerpo de Simon a todas horas. Es cierto que siempre que lo había tenido cerca se había puesto como una hembra en celo, pero últimamente tenía ganas de tirársele encima cada dos segundos. Simon era insaciable, pero Kara empezaba a pensar que en este momento la carrera de necesidades carnales estaba reñida y no le extrañaría que fuera ella quien llegara a la meta en primer lugar. Por otro lado estaba su creciente obsesión con la comida: tenía antojos que la empujaban a buscar como una loca los alimentos más variopintos. Un día le daba por las hamburguesas y otro por el chocolate. Hoy se le había antojado helado. Haría cualquier cosa por comerse la tarrina del helado de chocolate con frutos secos y caramelo que tenían en la nevera de casa. Una tarrina… o un barreño entero. Al imaginarse el banquete le rugieron las tripas.

La risa de Maddie inundó la sala:

—Entiendo que no estás sufriendo náuseas matutinas. ¿Tienes antojos?

—De comida y sexo. De sexo y comida. La prioridad cambia con frecuencia. Suelo tener el estómago un poco revuelto cuando me levanto, pero no me dura mucho y después me paso el día comiendo como una vaca. A veces tengo antojos de cosas que ni siquiera me gustan. ¿Cómo no me he dado cuenta antes de que estoy embarazada? —preguntó Kara, enfadada porque su cerebro ya no fuera capaz de controlar sus acciones—. Si de verdad no te importa, creo que me iré a casa. Tengo que contárselo a Simon, así que cuanto antes lo haga mejor.

En realidad quería contárselo lo antes posible, pues tenía la esperanza de que la perdonaría por haberlo tratado tan mal por la mañana. No lograba quitarse de la cabeza la cara que había puesto Simon y eso le reconcomía por dentro.

Maddie resopló mientras ponía a su amiga de cara a la puerta y la empujaba con delicadeza en esa dirección.

—Vienes como voluntaria. No faltas ni una semana a pesar de que trabajas a jornada completa en el hospital. Te agradezco mucho tu ayuda, pero no hace falta que me pidas permiso para marcharte. Ya me las apañaré. —Maddie vaciló antes de proseguir en voz baja—: Antes has dicho que estabas muerta de miedo, ¿puedo preguntarte por qué?

Kara sacudió levemente la cabeza. Se detuvo con la mano en el pomo de la puerta y giró la cara para mirar a Maddie. No le importaba que su amiga le hiciera esa pregunta, pero no sabía cómo explicárselo.

—¿Alguna vez te ha ocurrido algo tan maravilloso que te cuesta creer que es real?

Maddie vaciló antes de asentir levemente con la cabeza.

—Sí. Una vez.

A Kara le dio la impresión de que su amiga lo entendía a la perfección.

—Es lo que me pasa con Simon. A veces tengo que pellizcarme para estar segura de que no estoy soñando, sino que es de verdad y que me quiere. Supongo que me da miedo perder algo tan maravilloso, que no dure para siempre.

—Perdiste a tus padres cuando tenías dieciocho años y eran tu única familia. Quizá el recuerdo de esa pérdida es lo que te hace tener tanto pavor al amor que sientes. Por otro lado, cuando estás embarazada, los sentimientos se amplifican y ser racional se convierte en una misión imposible —respondió Maddie pensativa.

Kara abrió los ojos de par en par dando vueltas a lo que acababa de decirle su amiga. ¿La defunción de sus padres le habría generado miedo a la pérdida?

—Es posible. Supongo que quiero que Simon sepa lo mucho que lo amo y que no me interesa su dinero. Últimamente tengo miedo de que no se dé cuenta de que lo quiero por quien es, no porque sea rico.

—Pero eso ya lo sabe. —Maddie exhaló un suspiro exasperada—. El problema es que no interpreta tus intentos de protegerlo o de demostrarle lo mucho que lo amas como una muestra de confianza, sino de rechazo, como si te negaras a aceptarlo tal como es. Simon fue pobre de niño, pero Sam y él se partieron el lomo para triunfar en la vida. Es algo de lo que sentirse orgulloso, pero tú no quieres tener nada que ver con ese logro. —Maddie continuó con más delicadeza—: Entiendo lo que intentas hacer y comprendo que siempre has sido muy independiente, pero si las cosas fueran al revés y tú tuvieras más dinero que Bill Gates, ¿no te gustaría compartirlo con Simon y ofrecerle una vida más fácil después de haber sufrido tanta miseria? —Esperó a que Kara asintiera con la cabeza para continuar—: A su manera, que seguramente no sea la mejor, está tratando de cuidar de ti. A veces los hombres se valoran a sí mismos por la capacidad que tienen de cuidar de la mujer a la que aman. Ya sé que es una idea ridícula y chapada a la antigua, pero es la verdad. Créeme, Simon siempre ha tenido claro que no eres una cazafortunas. Eres tú la que está obsesionada con eso, no él.

—Sí que lo acepto tal y como es. No hay parte de Simon que no me guste. Admiro a él y a Sam por haber sido capaces de salir de la pobreza y…

—Entonces, por el amor de Dios, olvídate de lo del acuerdo prenupcial y deja que el pobre hombre te compre lo que le dé la gana. Si a él le hace feliz, ¿qué importa que se gaste el dinero en comprarte cosas? Te lo mereces y Simon sabe de sobra que no estás con él por el dinero. Pero tienes que aceptar que está forradísimo y que, te regale lo que te regale, eso no afectará lo más mínimo a su inmenso patrimonio.

Al terminar Maddie colocó sus manos en las caderas reprendiendo a Kara con la mirada.

—Ya me compra cosas. Más de las que necesito.

—Pero cada vez que te regala algo le montas una escenita. Entiendo que nunca has tenido gran cosa y que por eso crees que no necesitas nada, pero vas a tener que aceptar que tu futuro marido es uno de los hombres más ricos del mundo. Si estuviera intentando comprar tu afecto o solo fuera capaz de mostrar lo que siente por medio de cosas materiales, tendrías un problema. Pero eso no es así. Lo

único que intenta Simon es ser atento y cuidar de ti. Si yo fuera tú…, dejaría que lo hiciera y disfrutaría de las cosas que ofrece sin sentirme culpable. Si de veras quieres que sea feliz, deja que se gaste el dinero en ti. Cede un poco. Sigues viviendo como si no llegaras a fin de mes, contando cada céntimo que gastas. Entiendo por qué lo haces, pero ya no es necesario. A Simon sus gastos no le parecen extravagantes, los ve como algo normal porque se ha acostumbrado a ser rico. ¿Lo entiendes?

Kara se quedó mirando a Maddie mientras asimilaba sus palabras. ¿Dar el brazo a torcer? Siempre había pensado que lo hacía, pero ¿era así? ¿Alguna vez había intentado entender de verdad el punto de vista de Simon en lo que respectaba al dinero? Gruñendo por dentro, Kara se dio cuenta de que seguía sin comprar nada que no fuera vital para su existencia y que regañaba a Simon cada vez que gastaba dinero en ella. Para él esos regalos eran normales, acordes con su estilo de vida. A ella le parecían algo fuera de serie porque siempre había vivido en la miseria, pero empezaba a entender por qué Simon podía interpretar su comportamiento como una muestra de rechazo.

—¿Desde cuándo sabes tanto sobre hombres? —preguntó Kara, pues su amiga no solía salir con nadie y se había criado en varias casas de acogida.

Maddie se encogió de hombros.

—Es fácil verlo desde fuera. Cuando estás involucrada emocionalmente es bastante más difícil de entender. Hace un año que soy testigo de tu relación con Simon; he visto cómo reaccionaste en tu cumpleaños, en Navidad y en todas las ocasiones en que te ha regalado algo bonito. En lugar de aceptar los regalos con una sonrisa, le echas la bronca por gastarse tanto dinero en ti. Y he visto el mal rato que pasa. Él piensa que te va a gustar lo que te regala, pero no es así. Creo que es malo para su ego.

—Dios mío. Menuda bruja estoy hecha. No me había dado cuenta. Jamás lo había pensado así.

Los ojos se le llenaron de lágrimas. «¡Oh, no! No te pongas a llorar otra vez».

—¡Oye, tampoco te fustigues! Eres una buscavidas. Esa actitud te ha permitido superar muchos retos. No hay de qué avergonzarse. Lo único que digo es que ya es hora de abandonar ese mecanismo

de defensa y de relajarse un poquito. Deja que Simon te compre algo bonito y daos una luna de miel en condiciones. Tiene un avión particular, ¡úsalo! —Maddie cogió de la camilla los resultados de la prueba—. Y esta vez no vayáis a Disneylandia.

Kara dedicó una tímida sonrisa a Maddie. Disneylandia era el único destino al que Kara le había permitido llevarla de vacaciones.

—Es que quería ir al Reino Mágico. Nunca había estado. Lo pasamos genial.

—Deja a Mickey Mouse para cuando tengáis al bebé. Que Simon arranque el avión y te lleve a un sitio romántico. Ya tendréis tiempo para vacaciones en familia.

Kara sonrió.

—¿Londres? ¿París? ¿Italia?

Le encantaría ir a esos lugares, pero jamás había pensado que estarían a su alcance.

Maddie le devolvió la sonrisa y le guiñó un ojo.

—Ya estás entrando en razón. Piensa a lo grande. No te cortes. Me da en la nariz que Simon no diría que no a una luna de miel larga.

Kara abrió la puerta y se dirigió hacia la salida de la clínica con Maddie pisándole los talones.

Cogió la chaqueta de un perchero que había en recepción y le comentó en voz baja:

—Sam irá a la boda, ¿lo llevarás bien?

El cuerpo de Maddie se tensó visiblemente mientras cogía de recepción el historial médico de su próximo paciente.

—Por supuesto. No me afecta lo más mínimo.

Hummm… Kara tenía sus dudas.

—Puede que, si pasáis un tiempo juntos, te des cuenta de que no es el ogro que crees que es. Quizá haya madurado desde aquella época.

Maddie la miró con incredulidad.

—¡Venga ya! Leo el periódico y las revistas. Ese tío sigue ocultando sus cuernos bajo esos ricitos

de oro. No te dejes engañar. Ahora que vas a ser madre no puedes ser así de confiada. —Acompañó a Kara hasta la puerta—. ¿Vas a casa?

Kara se puso la chaqueta y se cerró la cremallera con una sonrisa misteriosa en el rostro.

—En breve. Primero voy a ir de compras. Es San Valentín. Tengo que ir a recoger una cosa y pasarme por un par de tiendas. He hecho un medallón con el penique de la suerte y he comprado una cadena de oro de hombre para que Simon no me lo pueda devolver. El joyero ha logrado mantener la moneda íntegra. —Como buen coleccionista, a Simon le daría un patatús si se enterara de que para convertir el penique en una joya habían estropeado la insólita moneda—. Tengo que ir a recogerlo a la joyería.

—¿Es San Valentín? Se me había olvidado —comentó Maddie con la mirada perdida y cierta tristeza en el rostro.

Kara se despidió de su amiga y salió de la clínica pidiendo en silencio a Cupido que Maddie encontrara al maravilloso hombre que merecía.

Capítulo

3

Simon daba vueltas en la sala de informática como un tigre enjaulado. Sabía que seguramente era un poco exagerado pensar que Kara lo iba a abandonar, pero en ese momento no estaba siendo racional precisamente. Durante un rato se había encontrado mejor, pues su hermano Sam le había hecho entrar en razón, pero después había recibido un mensaje de Kara diciéndole que llegaría a casa más tarde de lo normal, y eso había vuelto a disparar las alarmas y a ponerlo de los nervios. La forma en la que Kara había contestado a sus mensajes —con respuestas de lo más evasivas— no lo había tranquilizado en absoluto. Lo único que le consolaba un poco era que le había enviado un mensaje para decirle que lo quería: «Te quiero muchísimo. No tardaré en volver a casa».

Simon se detuvo para leer de nuevo el mensaje con la esperanza de que lo animara un poco y le quitara los malos rollos de la cabeza. Quizá lo habría logrado si en ese momento no hubiera visto por

el rabillo del ojo el maldito acuerdo prenupcial.

«Si esto es lo que quiere, quizá debería firmarlo y santas pascuas. ¿Qué más da? ¿Qué importancia tiene un estúpido trozo de papel?».

Siempre cuidaría de Kara, hubiera contrato de por medio o no.

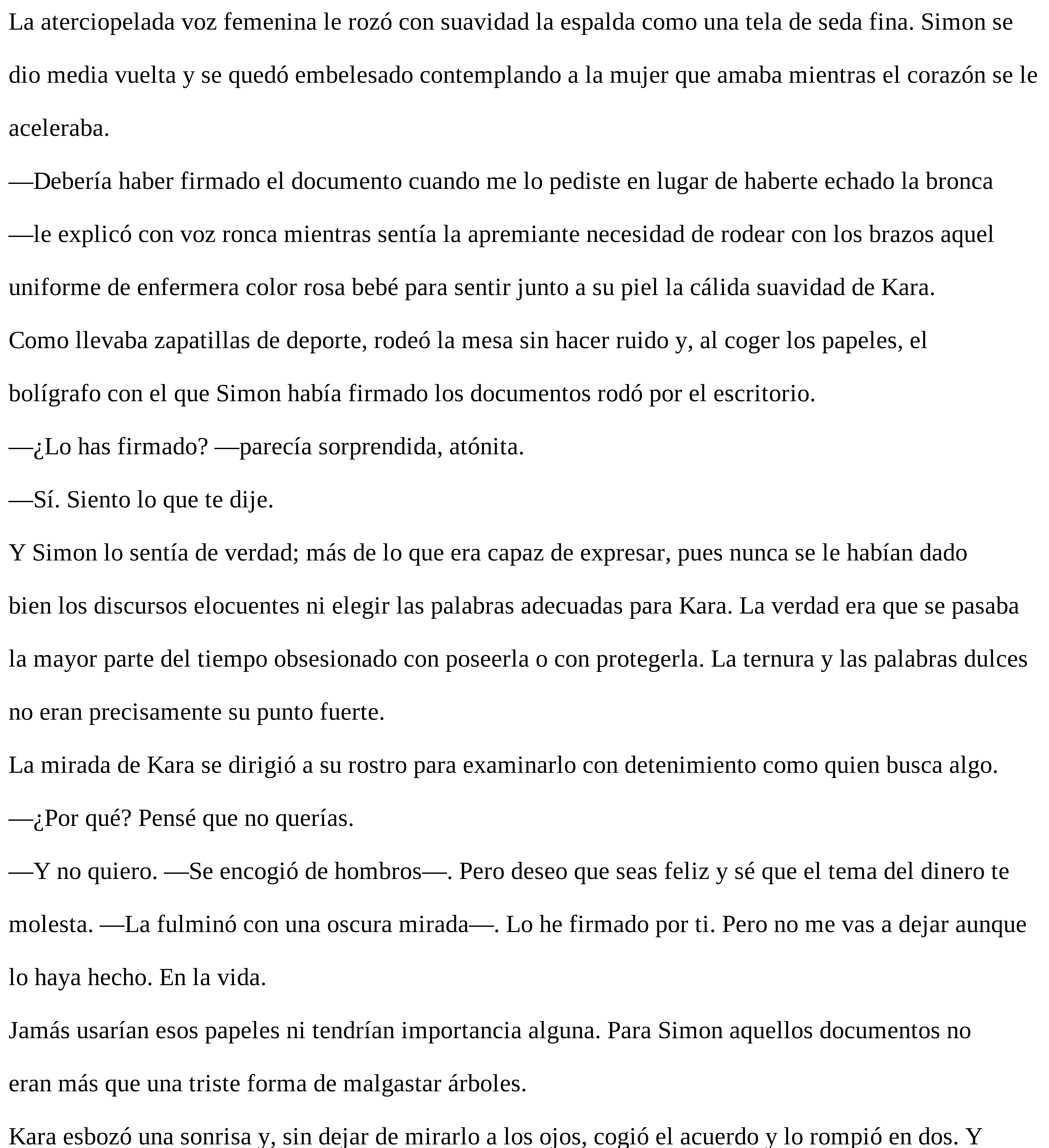
Simon cogió el acuerdo de la mesa y lo hojeó. Apretó los dientes, cogió un bolígrafo y firmó utilizando más fuerza de la necesaria. Tiró el boli sobre los papeles y masculló:

—¡Hala! Ya está. El mundo no se termina por que haya firmado esa gilipollez. —Él no pensaba dejarla en la vida y removería cielo y tierra para que ella no lo abandonara. Esos asquerosos papeles cogerían polvo en el despacho de algún picapleitos mientras Simon pasaba la vida junto a la mujer que amaba—. Lo único que quiero es que sea feliz —susurró con rabia, esperando que esa firma aliviara la tristeza de Kara.

La forma en que se estaba comportando últimamente lo estaba volviendo loco. A pesar de lo dura que había sido la vida con ella su chica era una persona serena, optimista y positiva, por lo que siempre estaba sonriendo y las pocas veces que no lo hacía Simon lo pasaba fatal. Si lo que necesitaba para quedarse tranquila era un acuerdo prenupcial, firmaría todos los que quisiera. Obviamente no le hacía gracia que Kara tuviera dudas sobre su relación y que se planteara una separación en el futuro, pero haría todo lo que estuviera en su mano para convencerla de que estaba equivocada. Quizá lo único que necesitaba era tiempo. Kara le había dado muchísimas cosas ese último año, pero las más importantes eran su apoyo y su amor incondicional. Si ella era capaz de aguantarlo cuando se ponía gruñón e irascible —y casi siempre sin quejarse—, él podía firmar un absurdo papel.

»Debería haberlo hecho antes —comentó en voz baja, enfadado consigo mismo por haber discutido tanto por un tema tan trivial. Sabía lo mucho que afectaba a Kara la diferencia económica que existía entre ellos. Esperaba que lo superara y que empezara a hacerse a la idea de que todo lo que era suyo también le pertenecía a ella, pero suponía que aún no había llegado ese momento.

—¿El qué?



La aterciopelada voz femenina le rozó con suavidad la espalda como una tela de seda fina. Simon se dio media vuelta y se quedó embelesado contemplando a la mujer que amaba mientras el corazón se le aceleraba.

—Debería haber firmado el documento cuando me lo pediste en lugar de haberte echado la bronca —le explicó con voz ronca mientras sentía la apremiante necesidad de rodear con los brazos aquel uniforme de enfermera color rosa bebé para sentir junto a su piel la cálida suavidad de Kara.

Como llevaba zapatillas de deporte, rodeó la mesa sin hacer ruido y, al coger los papeles, el bolígrafo con el que Simon había firmado los documentos rodó por el escritorio.

—¿Lo has firmado? —parecía sorprendida, atónita.

—Sí. Siento lo que te dije.

Y Simon lo sentía de verdad; más de lo que era capaz de expresar, pues nunca se le habían dado bien los discursos elocuentes ni elegir las palabras adecuadas para Kara. La verdad era que se pasaba la mayor parte del tiempo obsesionado con poseerla o con protegerla. La ternura y las palabras dulces no eran precisamente su punto fuerte.

La mirada de Kara se dirigió a su rostro para examinarlo con detenimiento como quien busca algo.

—¿Por qué? Pensé que no querías.

—Y no quiero. —Se encogió de hombros—. Pero deseo que seas feliz y sé que el tema del dinero te molesta. —La fulminó con una oscura mirada—. Lo he firmado por ti. Pero no me vas a dejar aunque lo haya hecho. En la vida.

Jamás usarían esos papeles ni tendrían importancia alguna. Para Simon aquellos documentos no eran más que una triste forma de malgastar árboles.

Kara esbozó una sonrisa y, sin dejar de mirarlo a los ojos, cogió el acuerdo y lo rompió en dos. Y después otra vez. Y otra vez.

—Tienes razón. No te voy a dejar. Al menos no mientras me ames.

A Simon se le aceleró el pulso y repuso:

—Te amaré mientras me lata el corazón. ¿Por qué lo has hecho? —preguntó contemplando los trocitos de papel desperdigados por la mesa.

—Porque jamás debí permitir que el dinero se interpusiera entre nosotros. Lo siento, Simon. Lo siento de veras. —Se le quebró la voz mientras rodeaba el escritorio para lanzarse a sus brazos.

Simon la abrazó con fuerza y cerró los ojos con alivio, extasiado por tenerla tan cerca. La besó en la sien y en la mejilla, apretándola contra su piel, pero sin llegar a aplastarla.

—No debí decir lo que dije.

—No, soy yo la que te he hecho daño por culpa de mis inseguridades. Nunca has dejado que el dinero sea un problema entre nosotros y yo tampoco debí hacerlo. Tenías razón y yo me he equivocado —masculló apoyada en su pecho.

Simon posó con delicadeza la cabeza de Kara en su hombro para que se apoyara en él con comodidad . «Este es su sitio. Siempre lo será».

—Te quiero. Lo único que deseo es que vuelvas a ser feliz. Estás triste y no me gusta.

Kara se retiró lo justo para poder mirarle a los ojos.

—No estoy triste. Estoy sensible.

—Pues prefiero verte sensible en plan feliz que en plan triste —bramó antes de besarle con cariño la punta de la nariz.

Ella lo cogió de la barbilla con dulzura y respondió:

—Eres un hombre increíble, Simon Hudson. Siempre te estás preocupando por que esté feliz y a salvo. Siempre dispuesto a sacrificarte por mí. Te quiero tanto que a veces me da miedo.

Simon le cogió la mano y se la llevó a los labios para besarle la palma:

—Nunca he sacrificado nada por ti. Te quiero y tú puedes quererme todo lo que quieras. Te aseguro que no me quejaré.

Simon no pudo reprimir una sonrisa al pensar que jamás se cansaría de que le dijera lo mucho que lo amaba aunque lo repitiera cien veces al día. Kara también esbozó una tímida sonrisa:

—Hoy he gastado dinero. Tu dinero. Esto…, o sea, nuestro dinero. He decidido que necesito un coche. O quizá un monovolumen. Y quiero una luna de miel larga. ¿Podemos coger el avión?

—Por supuesto. A donde tú quieras. —«Gracias a Dios». Simon sonrió de oreja a oreja mientras preguntaba con picardía—: ¿Te ha dolido?

Kara no tuvo que preguntar a qué se refería. Simon la entendía a la perfección.

—Muchísimo. Empecé buscando en las ofertas, pero no encontraba nada que me gustara, así que fui a los artículos de temporada.

—¡Au, eso duele! —«¡Adoro a esta mujer!»—. ¿Y qué tal fue?

—Bien. La mano solo me tembló un poquito al pasar la tarjeta de débito —admitió con desazón—. Y luego me fui a hacerme la manicura y la pedicura. ¡Nunca me las había hecho! Fue… raro…, pero quería probarlo.

Simon rio mientras abrazaba a Kara con fuerza. La pobre había tenido poquísimos caprichos en la vida y no había disfrutado de muchas de las cosas que las mujeres hacían a diario sin darle la menor importancia.

—¿Qué has comprado?

—Alguna cosilla…, eh…, ropa. De talla grande —comentó en voz baja con nerviosismo.

—¿Te propones engordar?

A él no le importaba. Podía tener la talla que quisiera, lo único que ocurriría si metiera más carne a ese cuerpo serrano es que sus curvas serían aún más exuberantes.

—Temporalmente. Es que… ¡No lo soporto más! Será mejor que te lo diga de una vez. —Se retiró para colocarle una mano a cada lado de la cabeza y posó sus ojos pensativos en la mirada aún traviesa de Simon—. Estoy embarazada. Vamos a tener un bebé. Por eso estoy tan sensible. Las hormonas se están apoderando de mi cerebro.

Simon se quedó boquiabierto, con cara de asombro y, con la mirada clavada en los ojos de Kara, empezó a mover la boca sin pronunciar sonido alguno.

«¿Embarazada? ¿Va a tener un bebé?».

Las emociones se le empezaron a agolpar en su interior una tras otra.

Miedo.

Felicidad.

Ansiedad.

Y una sana dosis de necesidad de poseerla.

—¿Cómo? ¿Por qué?

Eran preguntas estúpidas, pero aun así le salieron de la boca, pues en ese momento su cerebro iba más despacio que su corazón.

Kara se echó a llorar, le caían lagrimones por las mejillas mientras se le retorcía la cara de remordimiento.

—Lo siento. Debió de ocurrir cuando estuve enferma. Mi sistema no debió de asimilar la píldora porque me pasaba el día vomitando. Tendría que haber sido más cuidadosa. Sé que ahora mismo no quieres ser padre, pero es que ya adoro a nuestro bebé…

«Nuestro bebé. Nuestro. Un bebé».

Sintiendo que el corazón se le iba a salir del pecho, la abrazó con todas sus fuerzas mientras la mecía con delicadeza.

—Chsss… Todo saldrá bien. Yo…, ¡madre mía! ¡Voy a ser padre! —Sintió un torbellino de júbilo en su interior y se le hinchó el corazón de tal modo que tuvo la sensación de que le iba a estallar.

—Lo siento —se lamentó apoyada en su hombro.

—No lo sientas, cariño. No es por tu culpa. ¿Estás preparada para ser madre? —Tartamudeó al final de la frase, pues todavía no se creía que estuviera embarazada de su hijo; un bebé concebido con tanto amor que iba a explotar de orgullo.

—Sí. Estoy loca por tenerlo, pero sé que tú no porque nunca has querido hablar del tema y lo único que has dicho al respecto es que quieres esperar. —Se sorbió la nariz y se acurrucó junto a él.

—No es que no quiera tener un hijo contigo. Es que no quiero que sufras tanto dolor ni que te ocurra nada. Es peligroso. Hay mujeres que mueren en el parto.

No soportaba la idea de que ella sufriera, fuera por la razón que fuera. No se había dado cuenta hasta entonces de que con esa actitud había cortado las alas a Kara, pero es que era incapaz de aceptar que tuviera que aguantar todo ese dolor para tener a su hijo. Se estremeció solo con volver a pensarlo. Las emociones libraron una batalla en su interior, pues, aunque deseaba que fuera la madre de sus hijos con un anhelo tan intenso que lo estaba matando por dentro, la idea de que pudiera ocurrirle algo malo le hacía perder los estribos y volverse completamente loco. Simon quería tenerla siempre protegida y no perderla de vista ni por un instante. Quizá lo lograra. Al menos la mayor parte del tiempo.

—No es peligroso, Simon. Las mujeres dan a luz todos los días. La mayoría de ellas dice que el dolor se te olvida en cuanto estrechas al bebé entre los brazos —dijo esperanzada y con la voz vacilante—. ¿No te importa?

—Sí que me importa, pero en el buen sentido. —Estaba molesto porque no lograba quitarse de la cabeza el dolor que sufriría Kara. Pensaba triplicarle la escolta, le gustara o no. Su chica estaba embarazada y eso la hacía más vulnerable—. Quiero que sea niña. —Una bonita réplica de su madre—. Tenemos que mudarnos a una casa en las afueras para que pueda jugar en el jardín. Y tener un perro. Bueno, lo que sea que la haga feliz. Tenemos que vivir en un barrio en el que haya buenos colegios. Será tan guapa como tú. No dejaré que salga con chicos hasta que tenga por lo menos treinta años.

Frunció el ceño al pensar en un tío poniendo la mano encima a su hija. Levantó la cabeza al oír la risa de Kara, que se había apartado un poco para dedicarle una sonrisa.

—Yo quiero un niño. Un niñito dulce como su papi.

—Niña.

—Niño.

—Niña —bufó él.

Kara suspiró.

—Que esté sano. Saltaré de alegría si nuestro bebé está sano y es feliz. Lo demás me da igual. Lo querremos mucho, sea niño o niña.

Simon sintió tal júbilo en su interior que pensó que no lo podría soportar y, aunque seguía obsesionado con que Kara no sufriera dolor alguno, notó que se le humedecían los ojos.

—Yo también, mi vida. Me encantará tener un niño o una niña. Solo espero que se parezca a ti. Amaré a ese bebé con locura y le daré todo lo que yo nunca tuve. —«Una infancia estable y feliz. Equilibrio y amor»—. ¿Te encuentras bien? Has dicho que estabas sensible. ¿Estás enferma? Deberíamos ir a ver al médico. ¿Qué más tenemos que hacer? ¿Qué necesitas? Dímelo y te lo traeré —exigió con ansiedad y desesperación mientras un instinto visceral de protegerla le reconcomía por dentro.

Simon necesitaba entender cuanto antes los entresijos del embarazo y así descubrir lo que tenía que hacer Kara para estar como un roble durante ese periodo. ¿Las mujeres no necesitaban cosas cuando estaban encinta? ¿Cosas especiales? Madre mía, no tenía ni puñetera idea de lo que suponía un embarazo, pero necesitaba cambiar eso de inmediato. ¿Cómo iba a proteger a Kara si no tenía ni idea de qué debía hacer para defenderla?

—Necesito tu cuerpazo y un helado gigante —respondió con voz seductora—. Pero antes tengo que pegarme una ducha.

—¿A mí? ¿Me necesitas a mí? ¿Podemos hacerlo?

Las embarazadas podían tener sexo, ¿verdad? Ay, madre, tenía que investigar todo eso cuanto antes.

—Claro que sí. Deberíamos hacerlo sin parar. Estoy cachonda a todas horas. Es por las hormonas —susurró mientras le mordisqueaba el lóbulo de la oreja.

«Ay, Dios». Con Kara era incapaz de controlar sus instintos y la necesidad de penetrarla y de hundirse en su acogedora calidez hizo palpitar todo su ser.

—Deberíamos tener cuidado —respondió con la mente llena de pensamientos eróticos.

El cavernícola que llevaba dentro parecía querer ponerse al mando. «Mi mujer. Embarazada. Mi bebé. Mía. Completamente mía».

—Necesito sexo apasionado. Hacerlo sin parar. Sexo sudoroso y desbocado —comentó Kara con entusiasmo—. Y, ya que me has dejado preñada, espero que satisfagas mis necesidades.

Era cierto. La había dejado preñada. Había plantado su semilla en su interior y esta había echado raíces. Le invadió una satisfacción de macho, de animal.

—¿Cómo de desbocado, exactamente? —Simon se tiró de los vaqueros porque estaba a punto de reventarlos—. ¿Qué podemos hacer?

—Todo lo que se me antoje. Tan solo estoy de cinco semanas. Hay mujeres que durante el primer trimestre están cansadas, tienen náuseas o pierden el apetito sexual, pero yo no. Quiero que nos acostemos por lo menos cinco veces al día. —Kara se rozó con sensualidad contra su cuerpo mientras gemía—. Que no te dé miedo hacer el amor conmigo. No es peligroso. Y te necesito. En todos los sentidos.

En ese momento a Simon le entraron ganas de saciar todas las necesidades de Kara, de ponerle en bandeja todo lo que deseara.

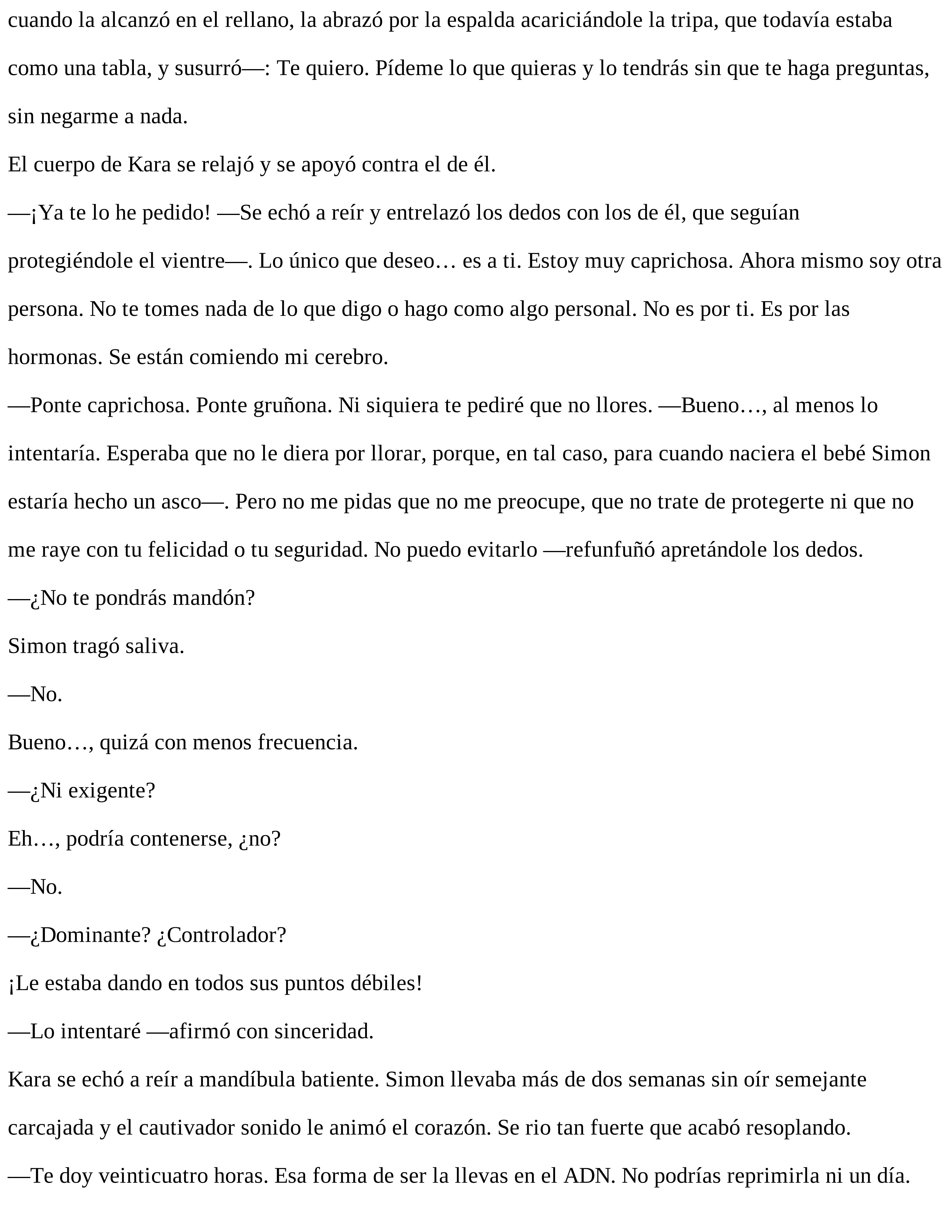
—Yo cuidaré de ti, cariño. Toda la vida. Y tú siempre me contarás todo lo que sientas, ¿vale?

Si lo que deseaba era que la abrazara, que la idolatrara y que estuviera a su lado, lo haría encantado. Puede que su bestia interior estuviera echando fuego por la manera en que Kara seguía frotándose contra su cuerpo, pero las necesidades de ella siempre serían su prioridad.

—Ahora lo que quiero es una ducha. Y un orgasmo. Y helado —respondió zafándose de su abrazo y dirigiéndose hacia la puerta balanceando con sensualidad las caderas.

¿Cómo no iba a actuar como un maniaco posesivo si iba a casarse con la embarazada más sexy del planeta?

—Me apunto. —«Yo y mi cuerpo entero. Se me ha puesto dura como una piedra». Fue tras Kara y,


cuando la alcanzó en el rellano, la abrazó por la espalda acariciándole la tripa, que todavía estaba como una tabla, y susurró—: Te quiero. Pídeme lo que quieras y lo tendrás sin que te haga preguntas, sin negarme a nada.

El cuerpo de Kara se relajó y se apoyó contra el de él.

—¡Ya te lo he pedido! —Se echó a reír y entrelazó los dedos con los de él, que seguían protegiéndole el vientre—. Lo único que deseo… es a ti. Estoy muy caprichosa. Ahora mismo soy otra persona. No te tomes nada de lo que digo o hago como algo personal. No es por ti. Es por las hormonas. Se están comiendo mi cerebro.

—Ponte caprichosa. Ponte gruñona. Ni siquiera te pediré que no llores. —Bueno…, al menos lo intentaría. Esperaba que no le diera por llorar, porque, en tal caso, para cuando naciera el bebé Simon estaría hecho un asco—. Pero no me pidas que no me preocupe, que no trate de protegerte ni que no me raye con tu felicidad o tu seguridad. No puedo evitarlo —refunfuñó apretándole los dedos.

—¿No te pondrás mandón?

Simon tragó saliva.

—No.

Bueno…, quizá con menos frecuencia.

—¿Ni exigente?

Eh…, podría contenerse, ¿no?

—No.

—¿Dominante? ¿Controlador?

¡Le estaba dando en todos sus puntos débiles!

—Lo intentaré —afirmó con sinceridad.

Kara se echó a reír a mandíbula batiente. Simon llevaba más de dos semanas sin oír semejante carcajada y el cautivador sonido le animó el corazón. Se rio tan fuerte que acabó resoplando.

—Te doy veinticuatro horas. Esa forma de ser la llevas en el ADN. No podrías reprimirla ni un día.

Siguió riéndose mientras avanzaba hacia el dormitorio. A Simon se le quedó la boca seca al ver que Kara se quitaba la parte de arriba del uniforme revelando su suave y fina piel. Él también se rio porque sabía que seguramente tenía razón, pero aun así lo intentaría por todos los medios.

—¡Una semana por lo menos! —gritó con arrogancia.

La risa de Kara cobró fuerza y sonoridad y retumbó por el pasillo hasta llegar en forma de eco a los oídos de Simon, que sonrió de oreja a oreja. Lo conocía demasiado bien.

Moviendo la cabeza, se dirigió a la cocina para servir un helado a su chica.

Capítulo

4

Maddie Reynolds se mordía la uña del pulgar con cara de concentración mientras examinaba el historial médico de un paciente de la clínica. Eran las siete de la tarde y hacía horas que se debería haber ido a casa a descansar, pero había algo en ese caso que le obsesionaba. Tenía que habérsele pasado algo por alto, algo importante. Timmy tenía cinco años, sentía fatiga y falta de energía, y padecía diarrea y vómitos ocasionales. El pobre chiquillo llevaba semanas así, por lo que no podía deberse exclusivamente a un virus. Maddie suspiró y se reclinó en la silla de su despacho, haciendo una mueca porque se había pasado mordiéndose la uña. Tendría que consultar a un pediatra y hacerle más pruebas. Rezó en silencio por que la madre de Timmy acompañara a su hijo en la próxima visita y cerró la carpeta. El chaval no tenía una vida fácil y su madre no es que fuera precisamente un gran apoyo.

—Hola, Madeline.

Una voz grave y sensual que provenía del umbral de su despacho le hizo ponerse de pie de un brinco, lista para pulsar el botón de emergencia que tenía bajo la mesa. La clínica gratuita estaba en un barrio conflictivo y, de hecho, a Kara le había faltado el canto de un duro para que le pegaran un tiro en esa misma habitación.

—No pretendía asustarte.

Maddie sintió que un escalofrío le recorría la columna vertebral. No se debía al miedo, sino a que había reconocido la voz. Entrecerró los ojos para observar el cuerpo que acompañaba a esa voz dulce como el terciopelo y el rostro del hombre que tenía delante.

—¿Cómo has logrado sortear a los seguratas de Simon? ¿Y qué diantres haces aquí?

Sam Hudson se encogió de hombros y entró en el despacho como si fuera suyo. Aunque iba vestido con unos sencillos vaqueros y un jersey de punto trenzado color borgoña, transmitía poder y arrogancia; los llevaba sobre sus anchos hombros como si fueran una elegante capa.

—También son mis seguratas, encanto. Forman parte de la plantilla de Hudson Corporation. ¿Qué otra cosa iban a hacer más que dejarme pasar saludándome amablemente?

«¡Menudo arrogante está hecho este capullo!». A Maddie se le aceleró el pulso y le empezaron a sudar las manos. Se las secó en los vaqueros deseando no haberse duchado ni cambiado de ropa en el diminuto aseo que tenía en la parte trasera de la clínica. Quizá hubiera sido más fácil enfrentarse a Sam vestida con su bata de profesional y con el pelo recogido en un moño recatado. Se metió por detrás de la oreja un ensortijado tirabuzón color fuego y estiró la espalda para parecer más alta de lo que era; metro sesenta.

—¿Qué quieres, Sam? Este barrio te queda bastante a desmano. Y no creo que te hagan falta los servicios de una prostituta —le espetó con voz crispada.

¡Maldita sea! ¿Por qué no podía comportarse con indiferencia? Desde aquel terrible desengaño habían pasado muchas primaveras y ya ni quiera conocía al hombre que tenía delante. Entonces, ¿por qué no lograba tratarlo como a un desconocido?

Se acercó a ella y preguntó con voz grave:

—¿Acaso te molestaría, encanto? ¿Te importaría que me tirara a todas las mujeres de la ciudad?

—¡Ja! Como si no lo hubieras hecho ya. Y deja de llamarme «encanto». Es ridículo. ¿Qué te crees? ¿Que soy un perrito? —respondió Maddie con sarcasmo, pero no pudo controlar sus instintos: se le aceleró el pulso y se le cortó la respiración cuando Sam continuó aproximándose hasta que estuvo tan

cerca de ella que pudo oler su cautivador aroma a almizcle y a macho, un olor especiado que la hizo sentirse un poco mareada. Su aroma no había cambiado. Seguía siendo igual de tentador que en aquel tiempo lejano.

—¿Qué haces a estas horas aquí? Mis agentes de seguridad me llamaron para advertirme de que seguías en la clínica a pesar de que ya era de noche. Deberías estar en casa. Este barrio es peligroso de día, así que por la noche ni te cuento —gruñó en voz baja.

—Son los seguratas de Simon —puntualizó ella.

Por muy hermanos que fueran, Maddie no lograba ver el parentesco entre esos dos hombres: Simon era una persona amable que escondía bajo su arisca actitud un corazón de oro mientras que Sam era el diablo en persona; Satán disfrazado de modelo de la revista *GQ* y con más dinero y poder de los que nadie debería tener. Y menos aún un hombre como Samuel Hudson.

—¿Y si algún canalla lograra esquivar a los seguratas y te encontrara aquí sola y vulnerable? —Se acercó un poco más a ella. Estaba tan cerca que Maddie sentía su cálido aliento en la sien. ¡Dios mío, era tan alto, fuerte y musculoso! Cuando lo conoció, hacía muchos años, Sam trabajaba en la construcción y ese trabajo físico tan duro le había dado a cambio un cuerpo torneado y perfecto. Era curioso que no hubiera cambiado ni un ápice. ¿Cómo diablos lograba mantener ese cuerpazo pasando tantas horas sentado en un despacho? Maddie se echó hacia atrás para tratar de separarse de su intimidatoria presencia, pero se golpeó con el trasero en la mesa y no pudo alejarse ni un paso más—. Alguien podría aprovecharse de una mujer sola en un despacho vacío —prosiguió en voz baja y con un tono intimidante.

Maddie estaba arrinconada entre Sam y la mesa, y le empujó en el pecho para hacerse un poco de hueco.

—Aparta. Quítate, Hudson, o te dejo sin descendencia.

Sam posó su fornido muslo sobre el de ella para que no pudiera pegarle un rodillazo en la entrepierna.

—Ese golpe te lo enseñé yo, ¿recuerdas? Jamás reveles tus intenciones al agresor, Madeline.

Estiró el cuello para mirarlo a la cara. Sus ojos verde esmeralda la observaban con atención. Tal y como le había ocurrido hacía años, se quedó embelesada ante su belleza. Siempre le había recordado a algún dios rubio de la antigüedad; un cuerpo y unos rasgos tan perfectos que deberían inmortalizarse en mármol. Sin embargo, aunque tuviera la dureza de esa piedra, en ese momento no mostraba su frialdad, todo lo contrario: su cuerpo transmitía olas de calor y sus ojos abrasadores parecían estar a punto de derretirse.

—Que te follen, Hudson.

Sam trató de reprimir una sonrisa, pero, a pesar de sus esfuerzos, sus labios dibujaron una curva. Le colocó las manos en la espalda para atraer todo su cuerpo hacia él y le susurró al oído:

—Preferiría que lo hicieras tú, encanto. Sería mucho más placentero. Sigues siendo la mujer más guapa que he visto en la vida. Aún más guapa de lo que ya eras hace años.

«Mentiroso. Es un mentiroso empedernido. Si entonces me hubieras deseado tanto, no habrías hecho lo que hiciste».

—Suéltame ahora mismo. Largo de mi despacho.

El muy cerdo estaba tratando de engatusarla. Era intolerable. Ni era guapa ni se parecía en nada a las modelos rubias y flacas como palos con las que paseaba del brazo antes de llevárselas a la cama.

—Primero dame un beso. Demuéstrame que no queda nada entre nosotros —repuso Sam con una voz exigente y ruda, y chispazos de fuego en sus ojos verdes.

—Lo único que queda pendiente entre nosotros es que jamás te has disculpado por lo que hiciste. Te dio absolutamente igual. No…

Maddie no pudo terminar la frase. La boca dura y ardiente de Sam ahogó las palabras amargas sin pedir permiso, exigiéndole que reaccionara. Sus grandes y ágiles manos le recorrieron la espalda y la agarraron del culo para sentarla en la mesa, así facilitaba la tarea de devorarle la boca.

Sam nunca se había limitado a besar; iba más allá, dejaba su huella, su marca. Maddie le gimió en

la boca mientras él le metía y le sacaba la lengua, una y otra vez, hasta dejarla sin aliento. Ella se rindió rodeándole el cuello con los brazos y aferrándose a los tirabuzones de seda mientras las yemas de sus dedos se recreaban con tanta suavidad. Le rodeó las caderas con las piernas, pues necesitaba agarrarse a algo para que la oleada de sensualidad no la arrastrara, y dejó que su lengua retara a duelo a la de él. Entonces, sintió la excitación de Sam rozando su acalorada entrepierna y empezó a bambolear las caderas al ritmo al que él le metía lengüetazos.

Sam empezó a gemir mientras metía las manos por debajo de la camiseta y acariciaba con las yemas de los dedos la espalda desnuda.

Maddie se estremeció ahogándose en un mar de deseo, donde una fuerza más potente que su voluntad la arrastraba hacia el fondo.

«Tengo que parar. Debo poner fin a esta situación antes de que se me vaya de las manos».

Echó la cabeza hacia atrás para arrancar la boca de la de él y se quedó jadeando extasiada. Sam la cogió de la cabeza para que la apoyara sobre su palpitante pecho.

—Maddie, Maddie… —susurró metiendo la mano entre sus rizos y acariciando apasionadamente el cabello.

«Ay, Dios. No». No podía volver a caer en las garras de Sam Hudson. De ninguna de las maneras.

Lo empujó con fuerza para que se apartara, bajó las piernas y apoyó los pies en el suelo.

—Suéltame.

Sintió que la ira crecía en su interior como una hoguera fuera de control. ¿Cómo se atrevía a utilizarla de esa manera? ¿Qué pasaba? ¿Que estaba aburrido y, como no había otra mujer en el edificio, había venido a jugar con ella? Sam Hudson era un mujeriego que se llevaba a las tías a la cama y que, en cuanto encontraba otro juguete con el que entretenerse, las dejaba tiradas. ¿Es que no tenía conciencia? ¿Se preocupaba por alguien que no fuera él mismo?

A Maddie le entraron ganas de protegerse haciéndose un ovillo. Se sentía avergonzada por haber reaccionado así ante él aun sabiendo que era una auténtica víbora. ¿En qué tipo de mujer la convertía

eso?

Sin mirarlo siquiera a la cara se dio media vuelta para salir a toda prisa por la puerta.

—Maddie. Espera —imploró, o más bien exigió, Sam con su ronca voz.

La agarró del brazo y la giró hacia él antes de que pudiera alcanzar la puerta. Maddie lo fulminó con la mirada mientras la ira y el miedo libraban una batalla en su interior.

—No me vuelvas a tocar. En la vida. Ya no soy la chica inocente y bobalicona que conociste una vez y que confió en ti. Me lo he perdonado porque era joven, pero no volveré a caer en esa trampa. Ya no puedo justificar un error semejante con la excusa de la edad.

—Aún me deseas —respondió Sam apasionadamente, recorriendo con la mirada su cuerpo entero antes de detenerse en su rostro.

Lo miró a los ojos y respondió furiosa:

—No, ya no. Puede que mi cuerpo responda ante un hombre atractivo, pero eso tan solo es una reacción sexual, fisiológica. Tú —le espetó golpeándole el pecho— ya no significas nada para mí.

—Estás deseando que te lo haga hasta que te deje sin aliento. Todavía sé cómo hacerte ronronear, gatita —afirmó con arrogancia dibujando una presuntuosa sonrisa de satisfacción en su atractivo rostro.

Maddie se encogió de hombros tratando de reprimir las ganas de borrarle la sonrisa de una bofetada.

—La verdad es que no lo sé…, porque nunca nos hemos acostado y nunca lo haremos.

En cuestión de segundos se zafó de su brazo, se fue del despacho, cogió la chaqueta del perchero que había en recepción y salió de la clínica por la puerta principal sin mirar atrás. Era superior a sus fuerzas. Uno de los agentes de seguridad de Hudson Corporation la escoltó hasta el coche y Maddie arrancó a toda velocidad, como un criminal perseguido por la ley. Lo que más deseaba en ese momento era alejarse todo lo posible de Sam.

Condujo en un estado de turbación absoluta durante el cual su cerebro se limitó a reproducir dos palabras como un disco rayado: «Nunca más. Nunca más».

Sam Hudson avanzó despacio por la recepción de la clínica, absorto en sus pensamientos. ¿Qué diablos acababa de ocurrir? Se había preocupado porque Maddie seguía en la clínica a esas horas y había decidido pasarse un momento a ver si se encontraba bien. Tan solo quería asegurarse de que no había ningún problema. ¡Maldita sea! ¿Es que no podía ver a esa mujer sin que le entrara una necesidad irrefrenable de poseerla, de lograr que ella lo deseara tanto como él la deseaba a ella?

«Nunca has superado esa relación y seguramente no lo logres jamás. Ha sido tu obsesión durante años. Se te metió *bajo la piel como una astilla* que no hay quien la vuelva a sacar y que produce irritación y molestia de por vida» .

Al salir a la calle, cerró la puerta principal a sus espaldas y, mirando a uno de los agentes de seguridad, ordenó:

—Cierra con llave.

El hombre asintió con la cabeza.

—Sí, señor. Espero que su encuentro con la doctora Reynolds fuera satisfactorio.

Sam se rio de sí mismo soltando una carcajada sin gracia:

—Sí. Ha sido muy revelador.

Saludó con la mano al resto de escoltas mientras se dirigía hacia el coche.

Sí. «El encuentro ha sido un gran éxito», pensó apesadumbrado mientras entraba en el Bugatti.

«Jamás te has disculpado por lo que hiciste».

Las palabras de Maddie lo atormentaban y se dio cuenta de que posiblemente lo torturarían para siempre.

Frustrado, Sam pegó un puñetazo al volante. No. Nunca le había pedido perdón. Aunque tampoco Maddie le había dado la oportunidad. En cualquier caso, se lo debería haber pedido, debería haber encontrado el modo de disculparse. En aquella época no tuvo ocasión y ahora acababa de malgastar su segunda oportunidad.

¿Qué tenía Maddie que le hacía perder la cabeza?

«Te estás comportando como un gilipollas porque a ella ya no le importas y eso te reconcome por dentro. Si logras seducirla, puede que logres que te entregue su cuerpo…, pero jamás te dará su corazón. Eso no volverá a suceder».

Hubo una época, hacía muchos años, en la que Maddie lo adoraba, en la que sus ojos reflejaban la admiración que sentía por él; pero una sandez, un incidente estúpido, había bastado para borrar para siempre esa mirada de sus preciosos ojos.

Apoyó la frente en el volante y cerró los párpados recordando vivamente a la Maddie que un día lo miró con afecto y respeto a pesar de que en aquella época no tenía dónde caerse muerto. Resultaba irónico que, ahora que se había convertido en uno de los hombres más ricos del mundo, lo mirara como si fuera un insecto que debe ser pisoteado o un roedor que hay que exterminar.

«Volverás a verla. En la boda de Simon y Kara tendrá que hablar contigo». El enlace se iba a celebrar en casa de Maddie, así que la pelirroja no tendría elección. Él era el padrino y ella, la dama de honor. Como mínimo, tendría que guardar las formas, y Sam sabía que lo haría. Era una mujer considerada y fiel con sus amigos y dejaría sus sentimientos a un lado para que en la boda de Kara todo fuera como la seda.

«No me afectará cómo me trate o cómo me mire. No volveré a comportarme como un imbécil con ella».

Sam se apoyó en el respaldo suspirando y arrancó el coche preguntándose si no era demasiado tarde para eso. Lo cierto era que los años le habían hecho cambiar y que ya no tenía claro si le gustaba la persona en la que se había convertido.

«Busca a una mujer, alguien que te quite a Maddie de la cabeza».

Se abrochó el cinturón y sacó el coche de la plaza de aparcamiento mientras respiraba hondo y repasaba una lista mental de mujeres disponibles…, pero entonces olió un aroma cautivador, una tentadora fragancia que había impregnado su jersey. Era el aroma de ella. El recordatorio de lo que acababa de ocurrir en la clínica.

—No puedo hacerlo. No puedo estar con otra mujer. Ahora mismo no —se dijo a sí mismo, cabreado por haberla besado.

Después de haberse rozado con las irresistibles curvas de Maddie pensar en pasar la noche con otra mujer no le interesaba lo más mínimo. Sam frenó a la salida del aparcamiento, echó un vistazo al reloj y sonrió cuando decidió girar a la izquierda en lugar de a la derecha, en dirección al piso de Simon.

«Ya es hora».

Su hermano lo había llamado hacía rato para informarle de que iba a ser tío y para pedirle un favor, algo insólito en Simon. La verdad es que no había nada en el mundo que Sam no estuviera dispuesto a hacer por su hermano pequeño. En una ocasión no había podido protegerlo y eso no volvería a pasar jamás. Necesitara lo que necesitara, Sam siempre lo apoyaría.

Por suerte, Simon había conocido a Kara. Sam la tenía en un pedestal porque el amor que sentía por su hermano pequeño era incondicional. Gracias a ella Simon era más feliz de lo que había sido en la vida y por eso Sam la adoraba. Su hermano merecía esa felicidad y también que una mujer sintiera tal devoción por él. Por desgracia ver a Simon y a su prometida juntos le hacía pensar en lo vacía que estaba su vida y en lo superficial que era su existencia.

Besar a Maddie y abrazarla después de tantos años había empeorado aún más las cosas. Era como si se le hubiera despertado algo en el fondo de su ser; una sensación que le resultaba a la vez familiar y desconocida. Y que, sin lugar a dudas, lo incomodaba.

«Olvídate de ella. Olvida lo que sentiste al perderte en su suavidad, al oler su aroma y al rozar sus exuberantes curvas y su ávida boca».

Sam empezó a despotricar al darse cuenta de que esa noche la pasaría solo y que tendría que satisfacerse él mismo mientras fantaseaba con Maddie. Y esta vez los recuerdos serían más vívidos, más recientes y más reales que nunca.

¡No iba a ser nada fácil!

Capítulo

5

Sí!

Kara lanzó un puñetazo al aire, eufórica por haber pasado el primer nivel del último juego de Simon. En realidad, el juego era de ella: su prometido lo había diseñado especialmente para ella. «Las aventuras de Kara» era una pasada aunque eso no le sorprendía. Simon era un genio y cada videojuego que había creado resultaba especial. No era de extrañar que siempre se enganchara a todo lo que él creaba.

Acarició la pantalla del ordenador con la mano y suspiró. ¿Qué hombre dedicaría un sinfín de horas a diseñar un videojuego exclusivo para ella, un juego que no pensaba sacar jamás al mercado?

«Solo Simon».

Se recostó en la silla para mirar el reloj. «¡Huy!». Se había metido tanto en el juego que llevaba en la sala de informática más tiempo del que se había propuesto. Pero es que le encantaba, ¡era tan adictivo!

Simon se lo había regalado por San Valentín, entre otras muchas cosas. Para ella siempre sería un regalo muy especial porque lo había hecho él y porque probablemente había dedicado semanas enteras de su inexistente tiempo libre diseñándolo con el único objetivo de que ella se lo pasara bien. Su prometido la había guiado hasta la habitación hacía más de una hora para darle la sorpresa. Se había marchado con una sonrisa de oreja a oreja cuando ella se había sentado frente al ordenador impaciente por dominar otra de sus creaciones.

Kara apagó el ordenador entusiasmada, deseando ir a buscar a Simon para darle las gracias como se merecía. El diamante que llevaba en la mano izquierda reflejó la abundante luz que había en la sala y, al verlo brillar con tanta intensidad, sintió que el corazón se le contraía.

«Simon es mío. Vamos a casarnos y a tener un bebé».

La tristeza y las dudas se habían evaporado como por arte de magia. Kara volvía a sentirse como siempre con Simon. Se había dado cuenta de que todos esos miedos irracionales se debían a que había

sospechado que estaba embarazada y no había querido aceptarlo por miedo a la reacción de Simon. ¿Cómo había podido ser tan tonta? ¿Cuándo la había defraudado el hombre del que estaba enamorada? En todo caso, estaba más protector de lo necesario, pero esa era su forma de ser y a ella le encantaba tal y como era, aunque le cabreara que a veces se pusiera en plan déspota.

Kara sonrió al recordar que le había prometido intentar no ser tan dominante y controlador. Se había portado muy bien durante toda la tarde: atendiéndola y haciéndole el amor con cuidado, como si se fuera a romper por estar embarazada. A decir verdad, después de las últimas semanas, en las que había estado tan alterada emocionalmente, necesitaba justo eso y esa íntima ternura le había reconfortado.

Sin embargo…, había llegado el momento de despertar a su macho alfa. No es que Kara disfrutara cuando Simon se ponía en plan dominante en la cama, es que la volvía loca de placer. Simon era mitad ternura, mitad testosterona. Y ya era hora de que su faceta cavernícola viniera a jugar con ella.

Se detuvo para ajustarse la bata de seda roja que se había puesto. Era raro que llevara más de una hora sin ver a Simon. Normalmente se sentaba a su lado y trabajaba en algún juego mientras ella se entretenía en el ordenador de pruebas de la sala de informática.

Como iba descalza, no hizo ruido alguno al bajar las escaleras enmoquetadas. Sus uñas recién pintadas asomaban por debajo de la bata a cada peldaño que descendía. Se miró los dedos al bajar el último escalón y decidió que igual se volvía a hacer la pedicura en el futuro. Tenía los pies suaves como la piel de un bebé y la experiencia había sido muy relajante. Podía ir con Maddie antes de la boda.

De su boda. Simon iba a ser su marido. Kara Hudson era un nombre que siempre llevaría con orgullo, a sabiendas de lo mucho que se habían sacrificado los dos hermanos para alcanzar su posición social.

—¿Simon? —lo llamó al entrar en la cocina.

Se quedó atónita al no encontrarlo allí. Dormido seguro que no estaba. Jamás se iba a la cama sin ella.

—¡Ven al dormitorio! —exigió Simon con su voz ronca.

Esbozó una sonrisilla mientras avanzaba hacia el cuarto. Él no pedía; daba órdenes. Kara le obedecía cuando le apetecía y en ese momento se sintió tentada a seguir sus instrucciones. Avanzó por el pasillo con curiosidad. La puerta del dormitorio estaba entornada y se abrió de par en par sin hacer el menor ruido cuando Kara apoyó una mano en la madera y empujó con suavidad.

Se le cortó la respiración al posar los ojos en Simon: estaba atado a la cama y lo único que llevaba puesto era la cadena de oro con el penique de la suerte y unos bóxers de seda decorados con corazones y diablillos. Con el pulso acelerado corrió hacia la cama:

—Pero ¡qué haces, Simon!

Kara había estado atada varias veces: la primera vez porque era la única manera en que Simon podía hacerlo al principio y las demás porque les resultaba erótico y sexy. Teniendo en cuenta lo que le había ocurrido a Simon, Kara no daba crédito a lo que veían sus ojos. Parpadeó y volvió a parpadear. Simon abrió el puño para enseñarle uno de los corazones de cartón que ella le regalaba en todas las celebraciones; un diminuto corazón canjeable por un deseo, por cualquier cosa que quisiera de ella. El papelillo revoloteó sobre la palma de su mano atada.

—Deseo que te des cuenta de que confío en ti al cien por cien.

—No, Simon. No. —Kara subió a la cama y tiró de las vendas presa del pánico, pero no logró desatarlas. Se sintió frustrada al no ser capaz de liberarlo y le rogó—: Dime cómo se desata esto. —Empezó a tirar con todas sus fuerzas de una de las vendas que le sujetaban el brazo. Necesitaba soltarlo como fuera. No soportaba verlo así de indefenso. Estar así tenía que estar matándolo. «¡Maldito Simon!». ¿Había algo que no estuviera dispuesto a hacer para demostrarle su fe en ella?—. No hacía falta que hicieras esto. Ya confío en ti al cien por cien.

—Quieta. Para o te harás daño. —El tono severo la hizo frenar en seco. Kara nunca le había oído tan serio. Con un tono más relajado añadió—: No estoy incómodo. Bueno…, excepto porque tengo cierta protuberancia…

Kara posó la mano sobre su corazón acelerado y, por primera vez desde que había entrado en el dormitorio, miró a Simon a la cara: estaba sonriendo. Al ver que tenía una sonrisa de oreja a oreja se relajó un poco y analizó la situación. ¡Madre del amor hermoso, el tío estaba como un tren! Tenía atadas las cuatro extremidades y lo único que había en la cama era una sábana de seda negra bajo su cuerpo musculoso. Los bóxers negros eran nuevos, uno de los muchos regalos que le había hecho ella por San Valentín, y se amoldaban perfectamente a su erección.

¿Estaba empalmado? ¿Excitado? ¿Cómo era eso posible? Después de las cosas que le habían ocurrido en el pasado, ¿cómo podía hacer esto sin sentirse angustiado o afligido? Buscó alguna señal de molestia en el rostro de Simon…, pero no encontró ninguna. La devoraba con una mirada apasionada, sin rastro alguno de malestar.

—¿Cómo lo has hecho? ¿Cómo has logrado atarte a ti mismo?

A juzgar por lo poco que habían cedido las vendas cuando Kara había tratado de desatarlo los nudos estaban muy apretados.

—Ha sido Sam —respondió contrariado—. Creo que el muy cabrón me ha atado demasiado fuerte.

Kara se llevó una mano a la boca para intentar reprimir la risa…, pero la carcajada se le escapó igualmente de los labios.

—¿Ha sido tu hermano?

—Esto me lo va a estar recordando toda la vida. Yo quería estar desnudo, pero insistió en que al menos me tapara mis partes para que no le sacara un ojo —respondió Simon malhumorado.

Madre mía, Kara hubiera dado cualquier cosa por ver ese momento, pero tenía que conformarse con imaginarse a Sam atando a su hermano a la cama e insistiéndole en que se tapara sus partes nobles. Como Sam no conocía todos los secretos de Simon, lo más probable es que, en lugar de alarmarse con la situación, se lo hubiera tomado como una extravagancia, con la que podría estar vacilando a su hermano pequeño eternamente.

—No puedo creerme que hayas hecho esto. —Cogió el corazón de cartón de la mano de Simon, lo

rompió en pedazos y lanzó los trocitos hacia el techo—. Deseo concedido. Pero ya confiaba en ti al cien por cien. Ya te he dicho que fue por culpa de las hormonas. Además, he estado pensando y ahora entiendo que hayas podido interpretar mi comportamiento como una muestra de rechazo o de vacilación, pero todo han sido paranoias mías, no tiene nada que ver contigo.

—Quería asegurarme de que confiabas en mí, pero tócame de una vez o me va a dar un síncope —exigió con sus ojos oscuros.

Kara se detuvo a mirarlo y se le cortó la respiración al asimilar lo que tenía ante sus ojos: estaba allí tendido a su merced. Simon era como un tigre encadenado listo para atacar y le resultaba embriagador y tremendamente erótico tenerlo inmovilizado. Aquel cuerpo musculoso era una promesa de placer y Kara se moría por acariciar hasta el último centímetro de su morena piel.

—Eres el hombre más sexy del planeta —afirmó con una voz seductora cargada de deseo.

—Creo que tienes que ir a que te revisen la vista. Siempre lo he pensado. Estoy lleno de cicatrices, cariño, y son muy feas.

Sí. Simon tenía cicatrices, un testimonio de su fuerza y de su valentía. A Kara jamás le parecerían feas o desagradables.

—Como un guerrero, el héroe de mis sueños.

Estiró el brazo para acariciarle el pecho con la palma de la mano y repasó con el dedo cada una de sus cicatrices antes de inclinarse para lamerlas con la lengua.

—Estás loca —gimió tirando de las vendas que le ataban los brazos.

—Tú me vuelves loca —replicó riéndose sin dejar de lamerle el pecho.

Le mordisqueó un pezón con cuidado mientras le agarraba la verga por encima de la seda. Tener a Simon a su merced era algo completamente nuevo y tentador. Se arrodilló para quitarse la bata. Tenía tantas ganas de tocarlo que casi se olvida de la sorpresa que le había preparado.

—¡Madre de Dios! ¿Qué llevas puesto? —preguntó atormentado.

Kara le dedicó una sonrisa traviesa y seductora.

—Otro regalo de San Valentín para ti.

Era el conjunto más picante que se había puesto jamás y eso era mucho decir porque a Simon le encantaba la lencería sexy; si bien el interés en la ropa le duraba muy poco, pues no tardaba en quitársela, a mordiscos si era necesario.

El vestidito rojo estaba reducido a su mínima expresión: tenía unos tirantes muy finos, la parte de arriba apenas le tapaba los pezones y las delgadas tiras de tela que tenía junto a la tripa eran transparentes. La braguita era ínfima y dejaba al descubierto el trasero y gran parte del sexo.

—Obviamente me he tenido que depilar. Del todo. Esta braguita no tapa gran cosa.

Simon tragó saliva mientras recorría con ojos apasionados su cuerpo deseando hacerlo suyo.

—¿Depilada… del todo? —Casi se atraganta al pronunciar la última palabra—. Hace un momento no lo estabas.

Tiró la bata al suelo y se giró hacia él para rozarle con la yema del dedo la verga empalmada.

—Me depilé cuando me puse el conjunto, justo antes de que me llevaras arriba a probar el nuevo juego. Es muy grande, Simon. Una auténtica pasada.

—Sí, lo sé, la tengo más grande de lo normal—gruñó resoplando cada vez más fuerte.

—¡Qué tonto! No me refería a tus partes, sino al juego. —Se echó a reír y, al bajarle el elástico de los calzoncillos, Simon se liberó en toda su magnitud.

—Ahora mismo el juego ese me importa un comino —resolló.

En cuanto le puso la mano encima Kara también perdió todo el interés en el videojuego. Le agarró su suave miembro con la mano mientras se inclinaba para besarlo rozando sus sensibles pezones contra el pecho. Simon le metió la lengua en la boca y reaccionó levantando las caderas cuando ella lo agarró con más fuerza del paquete. Simon la besaba como si estuviera poseído y ella le contestaba con el mismo frenesí mientras le acariciaba la parte del cuerpo que se moría por tener dentro. Pero eso podía esperar. Simon había hecho todo esto por ella y Kara estaba decidida a que gozara con la experiencia. Y que gozara mucho. Pensaba sacar al cavernícola que llevaba dentro antes de centrarse

en sus propias necesidades.

Le liberó la boca y se arrodilló junto a él sin dejar de acariciar su terso falo. Sus manos recorrieron sin prisa alguna cada centímetro de su piel, pues no sabía si se le volvería a presentar esta oportunidad y quería tocar su cuerpo entero.

—Tengo un antojo —le comentó con sensualidad antes de soltarlo y bajarse de la cama.

—Kara, vuelve —suplicó con una voz insistente.

Se fue corriendo a la cocina y regresó con un bote de nata montada. Lo agitó con erotismo, inclinó la cabeza, abrió la boca y lanzó un chorro de crema entre sus labios.

—Mmmm…, ¡está buenísimo! —Se lamió los labios mientras tragaba la dulce espuma. Simon la contemplaba embelesado con una mirada de deseo amenazante que hizo estremecer a Kara—. Solo hay una cosa que me sabría aún mejor si me estallara en la boca. Algo de lo que tengo antojo.

Avanzó a cuatro patas por la cama, entre las piernas atadas de Simon.

—Kara —le advirtió Simon, pero ella no le hizo caso.

Le echó la nata por el terso vientre, los muslos y el falo empalmado.

Primero le lamió el vientre, recorriendo con la lengua cada uno de sus duros músculos y deleitándose en el dulce sabor de la nata montada. Simon se retorció lo que las vendas le permitieron y gruñó:

—Me las vas a pagar.

Kara sonrió lamiéndole el muslo.

—Cuento con ello, grandullón. Eres grande en todo. Ya me entiendes.

Su órgano viril no dejó de palpitar mientras ella se acercaba al otro muslo y empezaba a mordisquearlo y lamerlo hasta dejar una marca con los dientes en la dulce piel.

Cuando por fin se dirigió hacia la ingle, sintió que el sexo se le contraía y que empapaba la atrevida braguita.

Empezó a gemir al recorrer la entrepierna con la lengua, lamiendo la nata montada con lentitud y a

conciencia.

—No voy a durar mucho. Maldita sea, Kara. Desátame.

Su voz se debatía entre la frustración y la excitación, y Kara levantó la cabeza para buscar en sus ojos marrones alguna señal que indicara que estaba incómodo en algún plano que no fuera el sexual. No la encontró. A Simon le consumía el placer carnal, gozaba contemplándola y lo único que le frustraba era no ser capaz de compensarla con el mismo placer.

—Pensé que querías satisfacer todos mis antojos —le susurró con sensualidad—. Tengo antojo de ti.

Simon gruñó y dejó caer la cabeza sobre la almohada mientras Kara se metía el falo en la boca y trazaba círculos con la lengua sobre la punta en forma de bulbo.

—Me vas a matar —jadeó mientras ella se la metía hasta el fondo de la garganta.

«De placer, grandullón».

Kara se metió todo lo que le cupo en la boca, pero era enorme. Le apretó con los labios y succionó, meneando la cabeza mientras lo devoraba.

Simon empezó a bambolear las caderas, empujándolas contra su boca cada vez que ella presionaba hacia abajo. Kara levantó la mirada y vio cómo se tensaban los músculos de ese cuerpo perfecto y cómo se aferraban sus manos a las vendas que lo mantenían atado. Se quedó cautivada de la expresión que tenía Simon en ese momento: embriagado por la pasión, había perdido el control por completo y se había dejado llevar por el éxtasis.

—Kara, cariño. Ahhhh… Dios mío. Sííí…

A medida que ella se movía más rápido y ejercía más presión él empezó a gritar palabras sin ton ni son hasta que explotó con el cuerpo encharcado en sudor. Su alivio inundó en forma de líquido caliente la boca de Kara, que se lo tragó gimiendo sin sacársela de la boca. Después de lamer hasta la última gota, gateó a cuatro patas hasta llegar a sus labios y lo besó para que probara su propio sabor entre sus brazos.

Él se recreó en su boca, pero acabó apartando los labios de los suyos para exigir:

—Tu sexo depilado. Ahora.

Tiró de las vendas con desesperación deseando estar suelto. Sí, era hora de liberar a su cavernícola.

—Ayúdame —le pidió ella, pues no tenía ni idea de cómo soltarlo.

Simon le dio instrucciones concisas y ella logró liberar las manos. Entonces, sin dejar de jadear, se incorporó y desató él mismo los nudos que le sujetaban las piernas y, en un abrir y cerrar de ojos, su cuerpo sudoroso estaba encima de ella. Simon el Macho había encontrado a su presa y estaba desbocado. Dios mío, Kara adoraba a este hombre.

Le bastaron dos zarpazos para arrancarle la lencería, que cayó al suelo hecha pedazos. Kara suspiró cautivada por esa fuerza bruta y por la facilidad con la que era capaz de desnudarla. Hacía tiempo que había dejado de reprenderle cada vez que le destrozaba la ropa interior. Ya le compraría más. Merecía la pena solo por ver cómo la pasión le hacía perder los estribos. Como de costumbre, se puso como una fiera con la ropa, pero a ella no le hizo ningún daño.

—Dios mío, eres preciosa —jadeó mientras contemplaba su sexo depilado—. Es hora de la revancha. ¿Querías jugar, pequeña? Pues prepárate.

Kara estaba más que preparada para el tipo de castigo que Simon tenía en mente: un castigo que la dejaría sin respiración y que la haría gimotear y suplicar. Gimió al sentir sus dedos acariciándole los pezones hinchados y con la sensibilidad a flor de piel. Estaba más que lista.

—Por favor, Simon.

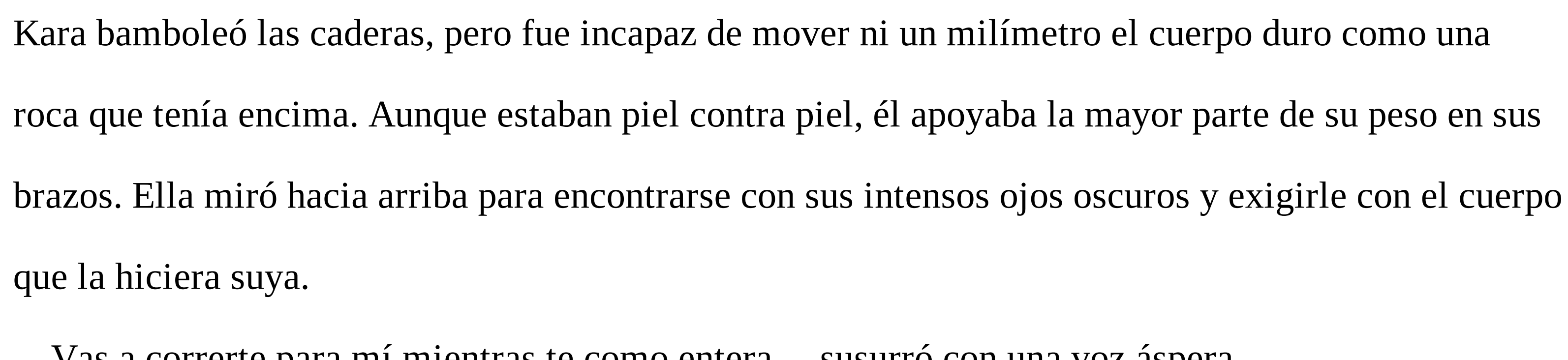
—Por favor, ¿qué? ¿Qué es lo que quieres? —le preguntó con brusquedad.

—Fóllame, por favor.

—Creo que no. El que tiene un antojo ahora soy yo. Se me hace la boca agua pensando en tu miel. ¿Estás mojada, cariño?

¿Mojada? Madre mía…, estaba empapada.

—Sí.


Kara bamboleó las caderas, pero fue incapaz de mover ni un milímetro el cuerpo duro como una roca que tenía encima. Aunque estaban piel contra piel, él apoyaba la mayor parte de su peso en sus brazos. Ella miró hacia arriba para encontrarse con sus intensos ojos oscuros y exigirle con el cuerpo que la hiciera suya.

—Vas a correrte para mí mientras te como entera —susurró con una voz áspera.

Enterró la cara entre su pelo antes de mordisquearle el cuello y empezar a descender hacia sus senos lamiéndole la piel.

Kara gimió mientras él le lamía los pechos —primero uno y luego otro—, como si dispusiera de todo el tiempo del mundo para idolatrar aquellos pezones erectos. Sintió que se estremecía por dentro cuando Simon se dirigió hacia la tripa, donde se detuvo para lamerle el ombligo y llenarle de besos húmedos y cálidos el vientre.

Por fin, justo antes de que empezara a gritar de frustración, Simon le separó las piernas y Kara se estremeció al sentir el cálido aliento de su prometido sobre su sexo al descubierto.

—Huelo tu excitación y veo lo empapada que estás —bramó acariciando la piel desnuda.

Kara echó la cabeza hacia atrás desesperada por que su boca la tocara.

—Por favor, Simon. Te necesito.

Rozó con el dedo sus pliegues empapados, introduciéndolo cada vez más.

—¿Así? —preguntó con exigencia.

—Más —le rogó.

Si no hacía que se corriera de inmediato, se iba a volver loca.

—¿Así?

Su dedo se deslizaba con facilidad sobre la piel resbaladiza y empezó a trazar círculos en el clítoris.

—Más. ¡Más!

Su cuerpo lo deseaba tanto que estaba empezando a perder los papeles.

—¿Así?

Acercó la lengua hacia la mullida piel y le lamió la excitación con la lengua.

Ay, Dios. Sí. Sí. Sí. Levantó las caderas para que su lengua la penetrara aún más. Simon separó los pliegues de su sexo con los pulgares y enterró la cabeza entre sus muslos para devorarla con un ansia sin paliativos. Le frotó el clítoris mientras le comía hasta las entrañas emitiendo un sonido reverberante.

—Sí. Por favor, Simon. Necesito correrme.

Kara metió los dedos entre sus cabellos para agarrarlo de la cabeza y atraerlo aún más hacia ella. Gimió y balanceó las caderas mientras él le daba todo el placer que su ardiente boca podía darle. Simon gruñó sobre su carne, lo que generó unas vibraciones que la arrastraron despacio hacia la locura. Siguió lamiendo hasta que Kara perdió el sentido y se dejó llevar por un clímax abrumador que la consumió por completo y que la hizo arder de pasión.

En lugar de sollozar aliviada, que es lo que tenía ganas de hacer, Kara gritó su nombre mientras continuas olas de placer le recorrían el cuerpo entero.

Después de haber exprimido hasta la última gota de satisfacción que podía ofrecerle con su increíble boca, Simon se quitó los calzoncillos y trepó por el cuerpo de Kara, que abrió los ojos para ver al hombre del que estaba enamorada y que en ese momento se mostraba feroz y desbocado, tal como le gustaba a ella. Tal como ella lo amaba.

Aunque el cuerpo de Kara estaba satisfecho, la necesidad de unirse con él en un solo ser era tan apremiante que la superaba.

—Fóllame, Simon. Ahora.

Su erección se acercó peligrosamente a su sexo, que aún no había dejado de estremecerse.

—Eres mía —rugió—. Siempre lo serás.

—Sí. Siempre.

Simon colocó su falo empalmado en la entrada de la cavidad palpitante de Kara y la penetró de una sola embestida que la dejó sin respiración y que la llenó por completo. Kara le rodeó la cintura con las

piernas y el cuello con los brazos, tratando de acercarse al máximo a él.

La boca de Simon cubrió la suya insuflando calor en todo su cuerpo y arrastrándola a un lugar en el que solo existían ellos dos. La empalaba una y otra vez, retrocediendo las caderas sin llegar a sacarla del todo, mientras Kara se entregaba en cuerpo y alma al volátil apareamiento. La estaba haciendo suya y ella quería que así fuera.

—Dime que eres mía. Te necesito. Te quiero. No me abandonarás en la vida —exigió Simon entre jadeos tras arrancar la boca de la de ella.

—Siempre seré tuya. Nada se interpondrá jamás entre nosotros. Te quiero.

Apenas había salido aquel jadeo de su boca cuando sintió que el orgasmo se acercaba; entonces apretó con más fuerza las piernas alrededor de la cintura de Simon para responder a sus intensas embestidas, de modo que sus cuerpos empapados en sudor se fundieron en uno solo.

Kara sintió que el cuerpo se le hacía añicos entre temblores y, mientras su cavidad palpitaba, le clavó las uñas en la espalda. Gritó su nombre sin dejar de bambolear su cuerpo fogoso contra el de él hasta que alcanzó un éxtasis arrebatador que empapó a Simon y del que tardó un buen rato en sobreponerse.

—Kara. Kara… —susurró antes de correrse.

En cuanto su descarga inundó el útero de Kara se quitó de encima sin soltarla, manteniéndola en el refugio de sus brazos. Mientras se le hinchaba y deshinchaba el pecho, preguntó:

—¿Te he hecho daño?

Kara negó con la cabeza mientras su cuerpo entero seguía estremeciéndose.

—No —suspiró entre jadeos—. Me has dado justo lo que necesitaba.

Kara lo besó en la frente por haber saciado sus necesidades y después escondió el rostro en su cuello para tratar de recuperarse.

No tenía ni idea de cómo lo hacía, pero Simon siempre sabía lo que necesitaba en cada momento.

Esa noche, en su segundo San Valentín juntos, le había ofrecido una pasión desenfrenada y su amor

incondicional. Obviamente no tenía que atarse a la cama para demostrarle nada, pero el hecho de que hubiera querido hacerlo y que se hubiera puesto a su merced la emocionaba.

Kara suspiró preguntándose cómo podía ser tan afortunada de haberse cruzado con un tío como Simon, un hombre a quien podía entregarse por completo, pues siempre trataría con cuidado su amor, su confianza y su alma.

—Te quiero. Feliz día de San Valentín —susurró junto a su cuello.

—Feliz día de San Valentín, cariño. Te querré siempre —murmuró Simon sobre su hombro, estrechándola entre los brazos con el mismo afán de protegerla que de poseerla.

Fueran cuales fueran los retos que les aguardaban, Simon y Kara se enfrentarían a ellos juntos.

—Siempre estaré a tu lado —musitó ella adormilada.

—Lo sé, nena. Soy el tío más afortunado del mundo —afirmó él con orgullo.

Kara se durmió con una sonrisa en los labios y con la satisfacción de saber que había encontrado el amor eterno. Para una mujer que durante un tiempo había estado tan sola era el mejor regalo de San Valentín que podía recibir.

Epílogo

Maddie pasó otra página del libro que tenía en el regazo, preguntándose por qué no dejaba de leer de una vez y se iba a la cama. En realidad, no estaba asimilando ni una de las palabras que pasaban ante sus ojos.

«Maldita sea», susurró cerrando el libro y dejándolo en la mesa que había junto al sofá. A decir verdad, no tenía ganas de meterse en la cama. Sabía que si lo hacía empezaría a dar vueltas a su reencuentro con Sam y se atormentaría con el recuerdo del beso apasionado que se habían dado por la tarde.

Cogió el mando a distancia de la mesa para encender el televisor con la esperanza de que las noticias de las diez la distrajeran de sus pensamientos.

En cuanto empezaron los titulares sonó el timbre.

¿Quién sería a esas horas? No tenía familia y sus amigos no se presentarían por la noche en su casa a menos que hubiera una emergencia. Se puso de pie de un salto y corrió a la puerta con el corazón acelerado. Por la mirilla vio a un hombre vestido de uniforme; concretamente, el uniforme que llevaban los escoltas de Hudson Corporation.

—¿Quién es y qué quiere? —gritó sin abrir la puerta.

—Es una entrega especial por el día de San Valentín para la doctora Reynolds —respondió el hombre.

—Déjelo en el suelo y váyase.

No pensaba abrir por mucho que el tío llevara un uniforme de Hudson.

—Entendido, señora. Lo dejaré en el umbral de la puerta.

El hombre del uniforme se agachó, se incorporó y se marchó. Maddie abrió la puerta sin quitar la cadena de seguridad y vio que el hombre se metía en una furgoneta y se marchaba. Cerró la puerta, quitó la cadena de seguridad y, al volver a abrirla, quedó impresionada: en el umbral le esperaba el ramo de rosas rojas más impresionante que había visto jamás. Había varias docenas de flores, demasiadas como para contarlas con lo desconcertada que se hallaba. Levantó el pesado jarrón de cristal y lo llevó al comedor. Lo colocó en el centro de la mesa de roble circular y cogió la tarjeta que había entre las rosas.

Tomó asiento porque le temblaban tanto las piernas que apenas podía mantenerse de pie. La tarjeta era pequeña y el sobre, que estaba decorado con corazones, tenía un Cupido monísimo en una esquina. Lo único que ponía en la parte delantera del sobre era su nombre. Lo abrió con dedos temblorosos y sacó la cartulina que había dentro. En una letra que aún reconocía había escritas solo dos palabras: «Lo siento».

No había firma ni nada que identificara al remitente.

Dejó el sobre y la tarjeta sobre la mesa, enterró el rostro entre las manos y se echó a llorar.



Sobre la autora

J. S. Scott escribe romances eróticos que han sido best seller en Estados Unidos y es una ávida lectora de todo tipo de libros. Vive con su marido en las pintorescas Montañas Rocosas de Colorado.

Visita a la autora en www.facebook.com/authorjsscott y en www.authorjsscott.com

También puedes escribirle a jsscott_author@hotmail.com

O tuitearle @AuthorJSScott





Título original: *Mine Completely. The Billionaire's Obsession IV*

2014, Santillana Ediciones Generales, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6.

28760 Tres Cantos - Madrid

Teléfono 91 744 90 60

Telefax 91 744 92 24

www.sumadeletras.com

ISBN ebook: 978-84-8365-222-0

Diseño de cubierta: Compañía

Conversión ebook: Javier Barbado

Suma de Letras es un sello editorial del Grupo Santillana

www.sumadeletras.com

Argentina

www.sumadeletras.com/ar

Av. Leandro N. Alem, 720

C 1001 AAP Buenos Aires

Tel. (54 11) 41 19 50 00

Fax (54 11) 41 19 50 21

Bolivia

www.sumadeletras.com/bo

Calacoto, calle 13, n° 8078

La Paz

Tel. (591 2) 277 42 42

Fax (591 2) 277 10 56

Chile

www.sumadeletras.com/cl

Dr. Aníbal Ariztía, 1444

Providencia

Santiago de Chile

Tel. (56 2) 384 30 00

Fax (56 2) 384 30 60

Colombia

www.sumadeletras.com/co

Carrera 11A, nº 98-50, oficina 501

Bogotá DC

Tel. (571) 705 77 77

Costa Rica

www.sumadeletras.com/cas

La Uruca

Del Edificio de Aviación Civil 200 metros Oeste

San José de Costa Rica

Tel. (506) 22 20 42 42 y 25 20 05 05

Fax (506) 22 20 13 20

Ecuador

www.sumadeletras.com/ec

Avda. Eloy Alfaro, N 33-347 y Avda. 6 de Diciembre

Quito

Tel. (593 2) 244 66 56

Fax (593 2) 244 87 91

El Salvador

www.sumadeletras.com/can

Siemens, 51

Zona Industrial Santa Elena

Antiguo Cuscatlán - La Libertad

Tel. (503) 2 505 89 y 2 289 89 20

Fax (503) 2 278 60 66

España

www.sumadeletras.com/es

Avenida de los Artesanos, 6

28760 Tres Cantos - Madrid

Tel. (34 91) 744 90 60

Fax (34 91) 744 92 24

Estados Unidos

www.sumadeletras.com/us

2023 N.W. 84th Avenue

Miami, FL 33122

Tel. (1 305) 591 95 22 y 591 22 32

Fax (1 305) 591 91 45

Guatemala

www.sumadeletras.com/can

26 avenida 2-20

Zona nº 14

Guatemala CA

Tel. (502) 24 29 43 00

Fax (502) 24 29 43 03

Honduras

www.sumadeletras.com/can

Colonia Tepeyac Contigua a Banco Cuscatlán

Frente Iglesia Adventista del Séptimo Día, Casa 1626

Boulevard Juan Pablo Segundo

Tegucigalpa, M. D. C.

Tel. (504) 239 98 84

México

www.sumadeletras.com/mx

Avenida Río Mixcoac, 274

Colonia Acacias

03240 Benito Juárez

México D. F.

Tel. (52 5) 554 20 75 30

Fax (52 5) 556 01 10 67

Panamá

www.sumadeletras.com/cas

Vía Transísmica, Urb. Industrial Orillac,

Calle segunda, local 9

Ciudad de Panamá

Tel. (507) 261 29 95

Paraguay

www.sumadeletras.com/py

Avda. Venezuela, 276,

entre Mariscal López y España

Asunción

Tel./fax (595 21) 213 294 y 214 983

Perú

www.sumadeletras.com/pe

Avda. Primavera 2160

Santiago de Surco

Lima 33

Tel. (51 1) 313 40 00

Fax (51 1) 313 40 01

Puerto Rico

www.sumadeletras.com/mx

Avda. Roosevelt, 1506

Guaynabo 00968

Tel. (1 787) 781 98 00

Fax (1 787) 783 12 62

República Dominicana

www.sumadeletras.com/do

Juan Sánchez Ramírez, 9

Gazcue

Santo Domingo R.D.

Tel. (1809) 682 13 82

Fax (1809) 689 10 22

Uruguay

www.sumadeletras.com/uy

Juan Manuel Blanes 1132

11200 Montevideo

Tel. (598 2) 410 73 42

Fax (598 2) 410 86 83

Venezuela

www.sumadeletras.com/ve

Avda. Rómulo Gallegos

Edificio Zulia, 1º

Boleita Norte

Caracas

Tel. (58 212) 235 30 33

Fax (58 212) 239 10 51

Document Outline